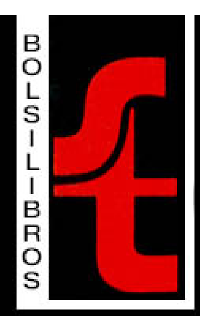


Selección

TERROR

NOCHE DE ESPANTO

ADA CORETTI

Resultaba evidente que uno de los presentes había cometido aquel crimen. Porque era un crimen ¡o algo muy parecido, o quizá aún algo peor! Pero ninguno de los presentes tenía las manos manchadas de sangre. Además, al encenderse las luces todos aparecieron en el lugar que estaban antes. Pero indudablemente uno de ellos había sido y la cuestión no tenía vuelta de hoja. Si no había nadie más, nadie absolutamente en varias millas a la redonda, ¿qué otra cosa podía deducirse?



Ada Coretti

Noche de espanto

Bolsilibros: Selección Terror - 31

ePub r1.0

Titivillus 29.01.15

Título original: *Noche de espanto*
Ada Coretti, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Una aparatosa tormenta, tras cuatro días de lluvia ininterrumpida, se desencadenaba ahora sobre aquella vieja mansión situada no lejos de Peterhead, al norte de Inglaterra.

Era una casa de líneas severas, de perfiles adustos, de aspecto lúgubre.

Por la mañana habían llegado varios coches. Ahora permanecían en el lugar que, hacía ya años, quedó convertido en garaje.

En la capilla particular, se estaba celebrando el enlace matrimonial del dueño de dicha mansión, el noble y aristócrata Peter Harrison, con la animadora de club Bárbara Mayne.

Peter Harrison tendría unos treinta años y era muy alto, muy fuerte, y su expresión toda reflejaba una indudable superioridad, una evidente altanería.

No eran muchos los invitados.

Sólo tres parejas y una linda muchacha llamada Susan, hermana de la contrayente.

Así que la ceremonia adelantaba, a esta muchacha se le iba poniendo la carne de gallina.

No podía evitar la casi asfixiante sensación de que algo malo iba a suceder. Algo horrible. Algo verdaderamente espantoso.

No se equivocó. Por desgracia, su sentido de lo que «iba a suceder» quedó completamente colmado.

Pero el hecho en sí sobrepasó y superó todo lo que pudo haber imaginado. La realidad es que jamás creyó vivir instantes tan escalofriantes, tan alucinantes como aquellos.

Sucedió de pronto.

Se apagó la luz de la capilla. Una capilla con deterioradas columnas de mármol, con pinturas ya diluidas por el paso del tiempo.

Quedaron todos, pues, en la más completa oscuridad.

Sí, en la más completa y absoluta oscuridad. Pues era de noche. Exactamente media noche.

Una excentricidad más de Peter Harrison, que había querido que la ceremonia se llevara a cabo a tan original hora.

En eso, se oyeron dos largos y desgarradores gritos.

Dos horripilantes gritos proferidos por el propio Peter Harrison. Unos gritos cuyo sonido estremecieron hasta los más hondos cimientos de la vieja mansión.

El apagón fue breve. Apenas un minuto. ¿Acaso dos? No era fácil saberlo con exactitud.

Sólo una cosa resultó evidente, estremecedora, terrorífica. No bastan las palabras para expresarlo.

Cuando las luces se encendieron de nuevo, los presentes vieron cómo a Peter Harrison le faltaban los ojos…

Bárbara Mayne, la novia, se tapó el rostro con las manos, en inequívoco gesto de espanto.

Las tres parejas de invitados quedaron petrificadas de horror, sin acertar a moverse, creyendo quizá que aquello era tan sólo una alucinante pesadilla.

Pero era algo más que eso, y para así demostrarlo estaba aquel rostro atormentado y los gemidos estremecedores que salían de aquella garganta.

Sucedió entonces, por lo demás, lo que menos podía nadie esperarse.

Peter Harrison se volvió hacia el sacerdote y con voz de trueno, exclamó:

—¡Siga con la ceremonia!

Nadie pareció entenderle del todo. ¿Cómo iba a pretender, en tales condiciones, que la boda prosiguiera?

El doctor Lloyd, uno de los invitados, fue el primero en reaccionar o al menos el primero en querer hacerlo, y se dispuso a dirigirse hacia el hombre tan espantosamente mutilado.

Pero éste, como adivinando su ademán, su intención, le cortó con un gesto.

—¡Quieto, doctor Lloyd! ¡Quietos todos! —Y volvió a exclamar, esta vez como quien da una orden terminante—: ¡Cásenos de una vez!

Bárbara Mayne, la novia, se tambaleaba. No terminaba de

comprender qué desvarío era aquél.

El sacerdote se dispuso a obedecer.

Pero Peter Harrison no pudo soportar aquello por más tiempo. A pesar de su increíble y férrea voluntad, y no obstante su gran fortaleza física, cayó desplomado al suelo.

* * *

Resultaba evidente que uno de los presentes había cometido aquel crimen. Porque era un crimen ¡o algo muy parecido, o quizá aún algo peor!

Pero ninguno de los presentes tenía las manos manchadas de sangre. Además, al encenderse las luces todos aparecieron en el lugar que estaban antes.

Pero indudablemente uno de ellos había sido y la cuestión no tenía vuelta de hoja. Si no había nadie más, nadie absolutamente en varias millas a la redonda, ¿qué otra cosa podía deducirse?

Casi a un mismo tiempo repararon en el tenedor de plata que permanecía inmóvil en medio del pasillo. Siniestramente inmóvil, y había sido, qué duda cabe, el arma empleada por el desconocido agresor.

Susan Mayne, la hermana de la novia, se vio mirando de un modo analítico uno a uno a los presentes.

En primer lugar al doctor Lloyd, de mediana estatura, recio, de unos cuarenta años, y a su madre, la señora Lloyd, delgada, arrugada, con expresión de mujer autoritaria.

Luego, a Rock Kane, alto, delgado, rubio, de unos treinta y cinco años, y a su hermana menor, Alice, también alta, delgada y rubia.

Finalmente a Edward Durni, de elevada estatura, muy joven, con cara de niño mimado, y a su tía, la señora Clayton, cuyo rostro siempre solía ser risueño.

No lo era ahora, claro, ya que como todos, sólo acertaba a reflejar horror.

Pero había alguien más, era Joe, el mayordomo. Un muchacho de excelente aspecto, en quien Susan Mayne se había fijado desde el primer momento de poner los pies allí.

Y también estaba Cameron, el anciano criado.

¿Qué pensó la muchacha tras aquel rápido examen?

La verdad es que estaba demasiado nerviosa para saberlo. De todos modos, no hubiera sido capaz de quedarse a solas con ninguno de ellos. Se hubiera muerto de miedo.

Bueno, quizá la cosa no llegara a tanto con… Joe, el joven mayordomo. Se dijo para sí:

«Tiene cara simpática, de buena persona. De él sí creo que me fiaría.»

CAPÍTULO II

Se oían los escalofriantes gemidos que Peter Harrison lanzaba desde su dormitorio.

Pero el doctor Lloyd le atendía desde hacía rato y los gemidos iban ya cediendo en intensidad.

No obstante, de pronto le oyeron exclamar:

—¡Sé quién ha sido! ¡Sé quién ha sido!

Desde abajo todos le oyeron perfectamente. La voz desgarrada descendió la ancha escalera, causándoles, quieras que no, escalofríos de horror.

Todos miraban a su alrededor. Todos estaban asustadísimos.

No era una excepción Susan Mayne, a quien las paredes de la vieja mansión parecían oprimirle hasta casi privarle de la facultad de respirar.

Una sensación a la que contribuían los gruesos cortinajes, los antiguos cuadrados, las impávidas pinturas, las grandes lámparas de bronce pendiendo del alto techo.

Todo era agobiante, opresor. Daban ganas de echar a correr desesperadamente.

Pero había sido el sacerdote el único que había salido de la mansión, poniéndose al volante de uno de los coches y dirigiéndose, por la cercana carretera, a Peterhead.

—Mandaré inmediatamente una ambulancia —había dicho. Y agregó—: Y avisaré a la policía.

Pero apenas el sacerdote se alejó de aquella vieja y lúgubre mansión, quedó destruido el pequeño puente que acababa de dejar atrás. A causa de un rayo.

Lo que significaba, que habían quedado metidos poco menos que en una maldita ratonera.

Rock Kane fue el primero en ponerse un impermeable y en salir a ver lo que había sucedido.

La respuesta no pudo ser más desalentadora. El puente, ya en mal estado, ante la fuerza del rayo se había ido abajo, quedando enteramente inservible. Así pues, de momento no llegaría la ambulancia ni tampoco la policía.

—Van a suceder más cosas desagradables —resumió, ya de regreso, exponiendo los hechos tal y como él los veía.

—Supongo que sí —convino el joven Edward Durni, y miró a su tía, la señora Clayton, para ver si compartía su opinión—. No resulta muy tranquilizador, ¿verdad?

—Pero ¿quién es el culpable? —Inquirió de súbito Rock Kane—. ¿Y qué motivos ha podido tener ese culpable para…?

Hubo un silencio cortante. Tan cortante como pueda serlo un cuchillo recién afilado.

—Yendo al grano; ¿no se puede salir de aquí? —Preguntó finalmente la señora Clayton, con un hilo de voz, de puro asustada —. Supongo que el puente no será el único medio de…

—No debemos hacernos ilusiones —dijo Rock Kane, interrumpiéndola—. Supongo que todos nos hemos percatado ya de que esta zona…

—Yo no me he percatado de nada —dijo la señora Lloyd, más agitada de lo que, dado su carácter orgulloso y autoritario, le hubiera gustado demostrar—. He venido en coche y no me he molestado en curiosear por los alrededores, lo que, por lo visto, sí han hecho ustedes a pesar de la inclemencia del tiempo. En resumidas cuentas, ¿qué le pasa a esta zona?

—Se lo voy a decir, señora mía —contestó Rock Kane.

Y le explicó que aquella vieja mansión estaba situada junto a unos pantanos, profundos y peligrosos de agua cenagosa. Hacia el norte, eso sí, se hallaba el bosque, pero éste era frondoso y enmarañado y resultaba fácil perderse. Podían tomar la carretera en dirección opuesta al puente, pero sólo llegarían luego de mucho conducir a un pueblo pesquero, donde de momento nada podrían solucionar. Lo único verdaderamente sensato era esperar la ayuda que pronto recibirían, ya que, así que el sacerdote diera conocimiento y parte de lo sucedido, sin duda serían tomadas las medidas pertinentes.

—No me seduce mucho este plan —dijo la señora Lloyd, agriamente.

—A mí tampoco —intercaló Alice Kane.

—Pues no va a tocar otro remedio que tomarnos la situación con calma, o por lo menos con relativa calma.

Estaban en la amplísima, en la casi inacabable biblioteca, con la puerta que comunicaba con el vestíbulo, abierta de par en par.

Callaron todos al ver que el doctor Lloyd descendía por la ancha escalera.

Quien poco después les informaba:

—Le he curado las heridas lo mejor posible. Ahora acabo de darle un fuerte sedante. Creo que se dormirá un rato. Y bien —preguntó—, ¿nosotros qué vamos a hacer?

Le dijeron lo del puente. Casi parecieron satisfechos de aumentar su desasosiego, de hacerle participar hasta el fondo de la angustia general.

—Creo conveniente —dijo el doctor Lloyd, una vez les hubo escuchado— que en este mismo instante se muden ustedes al pabellón. Hay un pabellón cerca de aquí, supongo que han reparado en ello. Está construido simplemente de madera, pero creo que les resultará cómodo.

—¿Qué quiere usted dar a entender? —interpeló el joven Edward Durni.

—Eso, lo dicho, que es mejor que dejen de permanecer bajo este techo. ¿O es que no se dan cuenta de la situación? —Y casi barbotó—: ¡Ya han oído a Peter Harrison! ¿O están sordos? Supongo que no. Siendo así…

—¿Qué? —inquirió la señora Clayton, que no parecía ella misma sin su habitual gesto risueño.

—Díganos lo que sea, por favor —intervino Bárbara Mayne, que aún seguía con su traje blanco puesto, lleno de manchas de sangre.

—¿No le han oído gritar? —El doctor Lloyd estaba indignado porque tardaban tanto en comprenderle—. Ha dicho y repetido que sabe quién ha hecho con él semejante monstruosidad. Pues si lo sabe —gritó, descompuesto— ¿cómo se imaginan que reaccionará así que tenga fuerzas para levantarse y dar unos pasos?

—¿Cómo reaccionará? —preguntó, lívido, Rock Kane.

A quien su hermana Alice, alta, delgada y rubia, miraba aún más asustada al ver el miedo de él.

—Pues es sencillo de adivinar —les hizo saber el doctor Lloyd—.

¡Matará a quien lo ha hecho! ¡O quien crea él que lo ha hecho!

»Por lo que todos estamos en peligro. Absolutamente todos. Porque no creo que sepa a ciencia cierta quién ha sido…

—Me descomponen sus palabras —confesó la señora Clayton.

—De todos modos —añadió el doctor Lloyd—, no debemos olvidar que uno de nosotros es el loco que ha hecho eso… a Peter Harrison. Sugiero que, al margen de las precauciones que tomemos para escaparnos de una posible venganza, desconfiemos de nosotros mismos hasta el máximo.

—¿Y el pabellón? —preguntó el joven Edward Durni—. ¿Está muy lejos?

Entonces intervino Joe, el mayordomo. Quien se acercó al grupo que formaban, mirando a la única persona que no había despegado los labios; Susan Mayne.

—No está muy lejos —les comunicó—. Apenas a unos quinientos metros del final del sendero principal. Para llegar allí hay que ir con mucho cuidado, se debe cruzar un trozo de pantano muy peligroso. Pero con una buena linterna es fácil dar con el camino. Es estrecho, apenas tiene un metro de ancho, pero es enteramente seguro. Si quieren, yo les puedo conducir. Dado que de momento la tormenta ha cesado, la ocasión resulta inmejorable. Francamente, comparto la opinión del doctor Lloyd; no es prudente que se queden. Quedarse sería una endemoniada temeridad.

No tardaron en ponerse de acuerdo. Saldrían en dos grupos. Primeramente dos o tres de ellos y seguidamente, así que Joe regresara, el resto.

Cameron se quedaría con su señor.

—Usted también se irá, ¿verdad? —preguntó Joe, dirigiéndose a Susan Mayne.

Esta le miró, sin contestar.

Entonces él dijo, sonriendo:

—Sentiría que le sucediera algo. Es usted la chica más bonita que he conocido en mi vida.

Cameron, el anciano sirviente, permanecía allí cerca sin decir nada. Su rostro resultaba hermético.

* * *

Se estaba quitando el vestido de novia.

Su hermana Susan, se hallaba con ella en la habitación. Había querido acompañarla, se había empeñado en hacerlo. Deseaba que le hablase largo y tendido de todo aquello.

—¿De qué? —preguntó Bárbara, como si no le comprendiera.

Pero la comprendía muy bien, perfectamente. Claro, no era tonta del todo.

—¿Cómo le conociste? Me refiero a Peter Harrison. Y también a los otros. Porque con los otros también ha habido algo, ¿verdad? Te miran todos de una manera… No pueden disimularlo. En fin, tú sabes más de lo que aparentas, mucho más. No me digas que no, porque no iba a creerte.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo que sepas. Es el momento de hacerlo, ¿no crees?

—No sé —vaciló.

—Habla.

Bárbara Mayne se había puesto una falda oscura y un jersey de lana gruesa. Lo primero que había encontrado a mano.

Se decidió a salir de su mutismo. Bien mirado, ¿qué iba a ganar callando cuanto sabía? Si su hermana estaba al corriente, sería sin duda beneficioso para ella. Peor no, estaba segura.

—Pues verás… —pero una vacilación temblorosa la hizo detenerse.

—Continúa, por favor.

Lo hizo así, aunque no sin antes mirar las paredes de la estancia y el contorno severo de los muebles, como temerosa que de ellos surgiera algún enemigo.

—Yo trabajaba en Londres, en un club, no es un secreto para ti —empezó a decir—. No llevaba una vida muy ejemplar, pero podía lucir bonitos vestidos y no me privaba de nada.

—Ya lo sé —repuso Susan—. No, no acierto a reprochártelo. Eres tan guapa, tan atractiva, que siempre me vi venir como algo inevitable que fuera ésa finalmente tu vida. Vivir con estrecheces, como yo, no estaba hecho para ti.

—Pues tú también eres bonita, muy bonita, Susan. Lo que sucede es que tú eres una excelente muchacha, llena de virtudes. Yo no soy así. Yo sólo soy una vulgar ambiciosa.

—¡Bárbara! —se escandalizó de su lenguaje.

—Así me han llamado más de una vez —reconoció, encogiéndose de hombros—. No creas, me ha tenido sin cuidado lo que hayan podido decirme. Yo siempre he ido directo a lo que me ha interesado, teniéndome sin cuidado lo demás.

—Y lo que te ha interesado es Peter Harrison, el rico Peter Harrison, ¿no es cierto?

Bárbara se estremeció.

—Dame un cigarrillo —pidió a Susan.

—No fumo.

—Debe haber por aquí…

Buscó afanosamente los cigarrillos. Necesitaba calmar el temblor, casi convulso, de sus manos.

Habiendo ya despedido un par de bocanadas, sentenció tajantemente:

—Yo odio a Peter Harrison.

—Ibas a casarte con él —dijo Susan, acusando la viva sorpresa que le había proporcionado las últimas palabras de su hermana.

—Me obligaba.

—¿Cómo es eso? —quiso saber.

—Está loco. ¡Sí, loco! —Su tono era desespero puro—. ¿Acaso no es de locos vivir en un lugar como este? Porque siempre ha vivido aquí. Desde niño. Jamás está fuera más de dos o tres días… Ni siquiera lo estaba cuando iba a Londres a verme. Son reacciones de loco…

—No sé qué decirte.

—Cuando le conocí y me pidió que me casara con él, pensé que por darme gusto a mí, cambiaría de ideas. Pero cuando me trajo aquí por segunda o tercera vez, me aseguró que aquí viviríamos siempre. Entonces decidí dejarle.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó—. Hubiera sido una buena medida.

—Se puso furioso —siguió diciendo—, pero yo no le presté la menor atención y rompí decididamente con él. Le dejé como a un caso perdido y pensé en el doctor Lloyd.

—¿En el doctor Lloyd?

Bárbara Mayne tardó un poco en proseguir.

Pero finalmente prosiguió:

—El doctor Lloyd me amaba. Se hubiera casado conmigo a no

ser por su madre, una señora llena de prejuicios y autoridad, que domina y acobarda a su hijo hasta unos límites que yo encuentro inconcebibles. De eso que, fastidiada, harta, terminara también con él.

Susan no dijo nada. Esperó a que su hermana siguiera con la narración.

—Después me relacioné con Rock Kane, que gracias a sus hoteles es muy rico y sabe ser muy complaciente. Y también tuve amistad con Edward Durni, que está muy mimado por su tía, la señora Clayton, y le saca todo el dinero que quiere. En ese plan yo estaba bien. Era lo mío. Me lucía. Pero se da el caso de que Peter Harrison, el doctor Lloyd, Rock Kane y Edward Durni suelen frecuentar los mismos lugares. Se conocen hace años. Así pues, adonde iba con uno, a menudo me encontraba con los otros. Algo que, dado la clase de chica que yo era, parecía carecer de importancia. Pero sí, la tenía, cuando eran los ojos fijos y penetrantes de Peter Harrison los que se quedaban mirándome. En fin, abreviando; el día que menos podía esperarlo, en un bar en el que coincidimos, aprovechando una oportunidad se acercó a mí. Me dijo que sabía lo de mis devaneos con los tres, pero que a pesar de eso me ofrecía de nuevo el matrimonio. Yo le respondí que gracias, pero que declinaba el honor. El se puso muy furioso y yo me eché a reír. Me hacía gracia la cara que ponía. Pero en eso, me cortó la risa al cogerme brutalmente por un brazo… Pero lo peor fueron sus palabras «Si no te casas conmigo, te mataré… ¡Te mataré!»

Bárbara dejó de hablar.

No estaba más calmada, sino todo lo contrario, pero ya no deseaba fumar más, por lo que aplastó el cigarrillo en un cenicero. O mejor dicho, lo partió en dos.

—Comprendí que me lo decía en serio. El horror que sentí fue espantoso. Por lo demás, mi horror fue creciendo de día en día, porque a cada nuevo instante que transcurría, descubría en él una nueva faceta de excentricidad, de sinrazón, de desvarío. Por ejemplo, ya decidida a casarme con él, aceptando el hecho como mal menor, me dijo que iba a invitar a nuestra boda al doctor Lloyd, a Rock Kane y a Edward Durni. Que era un desafío que quería y a la vez necesitaba hacerles. Pero no deseaba invitar a nadie más. Sólo a ellos y a los acompañantes que con ellos pudieran

venir. «Deseo que estén solos. Para que sufran más con mi victoria. Porque los tres siguen interesados por ti, lo sé, por más que ahora intenten disfrazar sus sentimientos. De todos modos, tú podrás invitar a tu hermana Susan, si quieres, es cosa tuya…»

Bárbara Mayne se detuvo de súbito, entre sollozos histéricos. Sacudía la espalda, los hombros.

—¡Si te lo he dicho ya, Susan, está completamente loco! ¡Loco de remate!

En aquel preciso instante llamaron con los nudillos a la gruesa puerta de la habitación. Una llamada apremiante.

Susan Mayne fue a abrir.

Era el doctor Lloyd.

—¡Increíble! —estaba sofocado, bufaba—. ¡Lo que ha sucedido es increíble!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Susan.

—He ido a ver a Peter Harrison… ¡No está en la cama! ¡No está! ¡Ha desaparecido!

CAPÍTULO III

Primeramente se habían ido al pabellón, guiados por Joe, el joven Edward Durni y su tía, la señora Clayton, y también la señora Lloyd y Alice Kane.

Ahora, ya de regreso Joe, se disponían a hacerlo Rock Kane, Bárbara y Susan Mayne.

Se sentían ansiosos por alejarse de allí, sobre todo desde que sabían que Peter Harrison andaba suelto.

El ambiente de la vieja mansión resultaba amenazador, opresivo, agobiante. Como para crispar los nervios a quien los tuviera mejor templados.

—De todos modos —repuso el doctor Lloyd—, en las condiciones en que Peter Harrison se encuentra, no podrá hacer nada. No se asusten más de la cuenta. Ahora bien —resumió—, yo he decidido quedarme. Es mi obligación. Debo atenderle. Precisa cuidados.

—Si cree que ha sido usted quien en la oscuridad de la capilla… —Rock Kane aventuraba tal posibilidad—. Temo que, en tal caso, se arriesgue usted demasiado…

—Con franqueza —admitió el doctor Lloyd—, yo también lo temo. Pero espero saber defenderme de presentarse él caso, quizá sólo sean éstas meras deducciones nuestras. De todos modos, tiene su parte ventajosa —añadió, ironizando—; quedo alejado de ustedes. Porque uno de ustedes es el «loco». No siéndolo yo, no queda otra alternativa.

Poco después, Joe les estaba conduciendo a través de aquellos pantanos, rompiendo la bruma y la oscuridad de la noche con la linterna que llevaba en la mano.

—Por aquí —indicaba—. Por aquí… No se pongan nerviosos… Síganme a mí…

Quedaba ya atrás la explanada y la avenida principal. Ahora el

camino era estrecho, pero firme y seguro. Por lo demás, el recorrido no iba a durar mucho. En seguida llegarían.

Susan Mayne se giró un par de veces, sintiendo verdadero alivio al ver que se alejaba la mansión, que se difuminaba aquel lúgubre e inquietante perfil.

Pero ya en el pabellón, construido de madera, con un interior bastante confortable, no pudo menos de decirse que su alivio no tenía auténtico fundamento.

El «loco», como le llamaba el doctor Lloyd, el que se había ensañado tan diabólicamente con Peter Harrison, estaba junto a ella, era uno de ellos… De no ser el propio doctor Lloyd, evidentemente era así. ¿O quizá, en aquellos minutos de oscuridad, otra persona, un desconocido, un fantasma, había penetrado en la capilla por alguna puerta o abertura misteriosa y había cometido el acto monstruoso, desapareciendo luego sin dejar rastro?

Susan no quería perder el tiempo imaginando cosas absurdas. Sabía que divagando no se llega a nada positivo.

Por lo que, en buena lógica, debía limitarse a esperar que transcurrieran unas cuantas horas. Al día siguiente recibirían sin duda la ayuda tan esperada.

Pero poco había de dulzarle esa relativa calma en que la quiso sumergirse. Pues apenas estuvieron ya todos en el interior del pabellón, cerrada la puerta tras ellos, encendida la lámpara de petróleo, le dio por mirar a través de una de las pequeñas ventanas, por entre los postigos.

Aunque antes de así hacerlo observó su reloj de pulsera. Como instintivamente consciente de la importancia de que aquellas horas transcurrieran aprisa.

Era la una y media.

Sí, miró a través de la pequeña ventana, de un modo un tanto expectante. Pero en realidad no esperaba ver nada de particular.

Pero de pronto todo su cuerpo experimentó un violento, un violentísimo temblor. Fueron las suyas unas sacudidas de pánico ciertamente incontenibles.

Se puso a gritar como si hubiera perdido la razón. Mientras, seguía con la mirada clavada insistentemente, obsesivamente, en un punto fijo: en el camino por el que se cruzaba aquel trozo del pantano, el mismo camino que ella había recorrido para llegar hasta

allí.

—¡Le he visto! —gritó—. ¡Era él…! ¡El…!

—¿Qué le sucede, señorita Mayne? —Joe se le acercó solícito—. Cálmese, por favor…

—¿Cómo voy a calmarme —gimió Susan— después de lo que he visto? ¡Es horrible! ¡Horrible!

—Pero ¿qué es lo que ha visto, señorita Mayne?

—¡A Peter Harrison! —exclamó, chillando histéricamente—. Cruzaba el camino, por entre el pantano. Venía hacia aquí…

—¡Por Dios, señorita Mayne! —Intervino Rock Kane—. Eso que dice es imposible y usted lo sabe. ¡Peter Harrison no tiene ojos. Está ciego… En sus condiciones, no podría dar ni dos pasos seguidos por un lugar como ése…

—¡Era él! —Afirmó Susan, con los ojos desmesuradamente abiertos—, ¡Estoy segura! ¡Segurísima!

—Se encuentra nerviosa y los nervios le han jugado una mala pasada —repuso a su vez la señora Lloyd—. Esto es todo. Sea sensata y no complique aún más la situación.

—Además, ¿cómo iba a ver que era él —inquirió la señora Clayton— si es de noche?

—Llevaba una antorcha encendida en la mano —dijo Susan—. Su rostro quedaba iluminado. Llevaba unas gafas negras. Sonreía siniestramente…

—Se lo ruego, señorita Mayne —la voz de Joe, el mayordomo, se esforzaba por querer tranquilizarla—. No se inquiete. No va a pasarle nada. Nada absolutamente —y añadió—: Yo estoy aquí…

Susan le miró, agradecida. Necesitaba no sentirse tan sola, tan desamparada.

Era enteramente absurdo, del todo ridículo, lo que Susan había contado. Pero de todos modos, y a pesar de las protestas iniciales de unos y otros, pronto cundió la alarma.

Una alarma callada, contenida, silenciosa, pero que se leía en los rostros con indudable claridad.

Ninguno se atrevió a salir al exterior a ver qué sucedía, o si nada sucedía. Prefirieron por lo visto limitarse a seguir allí dentro, sin cometer imprudencias.

Por lo demás, el miedo de todos había de aumentar al decir Bárbara Mayne:

—Yo sí creo que fuera él… ¡Él es capaz de todo!

Pero la señora Lloyd dejó el miedo a un lado y se encaró abiertamente con ella. Le tenía una feroz antipatía y la ocasión le pareció única para enfrentarse a su enemiga.

—Si estamos metidos en este lío, la principal causante de todo es usted. Claro, baraja los hombres a su capricho, como si fueran naipes, y fíjese en qué acaba todo!

—Señora Lloyd —puntualizó Bárbara Mayne—, a mí no me venga dándome usted culpas que no son mías. Trato a los hombres como me parece y a usted no tengo por qué darle explicaciones de nada. Y si usted —aclaró— está molesta conmigo porque su honorable e inteligente hijo, ilustre doctor en Medicina, la ha llevado de cabeza al perder él la suya un poco por mí, esto no me atañe a mí. Y encuentro de pésimo gusto que en este momento saque a relucir sus rencillas personales.

—No discutan —intervino Alice Kane—. Hacerlo no nos va a servir de nada. Pongamos un poco de buena voluntad para…

—Por favor, Alice —la señora Lloyd buscaba pelea o algo muy parecido—, no te las des ahora de mosquita muerta. Tú y yo hemos hablado muchas veces de Bárbara y no precisamente otorgándole muy buenos calificativos. Que yo sepa, Alice, a ti también te sentaba mal, pero que muy mal, que tu querido hermano Rock estuviera tanto por esa mujer.

Alice Kane bajó avergonzada la mirada, sin acertar a replicar nada.

—Y otro tanto le digo a usted, señora Clayton —siguió hablando la señora Lloyd—, Tampoco a usted le gustaba que su joven sobrino estuviera enamorado de Bárbara, ¿verdad? Se estaba temiendo lo peor; que se quisiera casar con ella. Recuerdo que cierto día me dijo que la odiaba. De lo que se deduce, que las tres estamos de acuerdo en que esa mujer es la culpable de todo…

Se vio interrumpida por Rock Kane, que de pronto lanzó una mirada circular y exclamó, de un modo casi colérico:

—¡Acabemos de una vez con este absurdo cambio de impresiones! ¡Hay ahora algo más grave en lo que pensar.

—Estoy de acuerdo —repuso el joven Edward Durni.

Asustadísima por todo lo sucedido y por lo que estaba segura de haber visto, y avergonzada por aquella escena provocada por la

señora Lloyd, Susan Mayne se había alejado de todos ellos, lo más que pudo. Prefería no oírles, si es que esto era posible.

Ahora se hallaba en una pequeña habitación colindante a la pieza principal, cuya puerta de comunicación dejó entornada para que llegara hasta ella la luz que proporcionaba la lámpara de petróleo.

Había un armario y también un sofá. Un sofá de deslucido tapizado.

Se sentó en su borde, desalentada, sin ánimos. Hubiera dado cualquier cosa por estar en su casa del pueblo, acudiendo a su sencillo empleo y viviendo de ese modo sencillo que a ella nunca le había desagradado.

La puerta de la pequeña estancia se entreabrió más, apareciendo Joe.

—¿Me permite, señorita Mayne?

—Sí, sí… Pase usted…

—Prefiero no perderla de vista —dijo él—. Mo termino de encontrar explicación a estos horribles sucesos y…

—Le agradezco su interés —pero de pronto se hicieron inevitables sus preguntas, llenas de mal contenido recelo—. Dígame, ¿cuánto hace que es aquí usted el mayordomo? ¿Por qué acepta un empleo así? ¿Cómo se conforma con un trabajo que…?

—Le voy a contestar —dijo él— para tranquilizarla. Sí, quiero tranquilizarla por lo menos respecto a mí. Así se sentirá más segura a mi lado.

—Le escucho.

—Hace sólo dos semanas que trabajo en este lugar. Si acepté el empleo, es porque el señor Harrison, Peter Harrison, me ofreció un sueldo mucho mayor del que cobraba en un restaurante de Londres. Me imagino que algo así debió sucederle en su día a Cameron, el anciano criado. Pero a mí, francamente, un sueldo mejor, ni siquiera un sueldo mucho mejor, no puede compensarme de lo lúgubre y solitario del ambiente. Me he despedido ya y…

La frase quedó interrumpida, a causa de un estridente grito de mujer.

Se trataba de la señora Lloyd, o de la señora Clayton, o tal vez de Alice Kane. No, no era fácil saberlo con exactitud. Pero de Bárbara Mayne no había sido.

Pero para el caso era lo mismo. A ninguna de ellas le pasaba nada de particular. Por lo menos, nada más a una que a otra.

¿Qué sucedía entonces?

Pues que el pabellón estaba ardiendo por sus cuatro costados. Ni más ni menos.

Se vieron todos, pues, en la apremiante evidencia de desalojar el albergue. Aprisa y corriendo.

Ya fuera, fue Joe quien reparó en que allí cerca había una antorcha.

Una antorcha apagada, aunque aún humeante. Era, no cabía dudarlo, la causa de aquel premeditado e intencionado incendio.

—Mire, señorita Mayne.

—¡Es la antorcha que llevaba encendida Peter Harrison, cuando le he visto cruzar el pantano! Nadie me ha creído, pero ¿ve cómo no eran figuraciones mías?

—Me doy cuenta. Pero no termino de comprenderlo. Eso es imposible. Si está ciego…

—Debemos regresar —oyeron que decían los demás.

Y añadían:

—No podemos quedarnos a la intemperie toda la noche.

—Para mí, que la tormenta volverá a desencadenarse.

—Regresemos de nuevo.

Joe se acercó a Susan, diciéndole quedamente:

—Debemos volver, sí, pero mucho me temo que el incendio haya sido provocado para eso, para hacernos regresar.

—Estaba pensando lo mismo que usted.

CAPÍTULO IV

Cameron les abrió la puerta de la vieja mansión, que a todos se les antojaba ahora más lúgubre y tenebrosa que nunca.

La lámpara del vestíbulo sólo se hallaba parcialmente encendida.

—Me alegro que hayan regresado —les dijo—. El señor no cesa de preguntar por ustedes, principalmente por usted —y dirigió la mirada hacia Bárbara Mayne.

—Pero yo… —tartamudeó ella—. Tenía entendido que no estaba en su habitación, que había desaparecido.

—No comprendo —repuso Cameron, muy serio— quién ha podido decir eso. El señor no ha abandonado el lecho para nada. Para nada absolutamente.

—El doctor Lloyd dijo que había ido a verle y que no estaba en su aposento —apuntó Susan.

—¿Dónde está ahora el doctor Lloyd?

—No tengo la menor idea —contestó Cameron.

Penetraron en el amplio vestíbulo, pero ninguno parecía decidido a nada concreto, ni dispuesto a dirigirse a ningún lugar determinado. Evidentemente, se hallaban ahora, no sólo nerviosos y excitados, sino también indecisos y desconcertados.

—¿Va a ir a verle? —preguntó Cameron.

Bárbara Mayne vio fija en ella la mirada del anciano sirviente.

—No cesa de preguntar por usted, ya se lo he dicho —y tras un leve carraspeo—: Comprenda que el pobre señor…

—Bien, iré —asintió ella.

Sentía que las piernas le temblaban, que los ánimos le flaqueaban. Hubiera dado cualquier cosa por poder negarse a aquella solicitud.

—Sígame —le animó con un gesto el anciano sirviente.

Todos miraban a Bárbara Mayne.

Ninguno decía nada.

—Le sigo, Cameron —repuso Bárbara, si bien viéndose en la precisión de hacer un gran esfuerzo de voluntad.

Subieron la ancha escalera, yendo directamente hacia lo que debía haber sido la alcoba nupcial.

La estancia, con muebles antiguos, con pesados cortinajes, con un gran lecho y con chimenea de mármol, daba la sensación de estar terriblemente fría y húmeda.

Pero el fuego ardía en la chimenea, por lo que Bárbara Mayne dedujo que aquel frío y aquella humedad tan horribles era ella quien lo sentía dentro del cuerpo.

Sólo la luz de una de las mesitas de noche permanecía encendida. La estancia, pues, se hallaba casi en la penumbra.

—Bárbara…

Peter Harrison murmuró débilmente, roncamente, el nombre de la muchacha.

Ella se acercó a pequeños y medrosos pasos hasta el lecho, donde vio a Peter Harrison que permanecía echado, con unas gruesas gafas negras puestas sobre lo que horas antes eran sus ojos.

Bárbara se estremeció aún más. Recordó que Susan había dicho que el hombre que había visto cruzando el pantano con una antorcha encendida llevaba gafas negras.

—Querida… —la voz ronca tenía unas extrañas inflexiones—. ¡Dónde estás?

—Aquí, a tu lado —dijo ella.

Peter Harrison alargó la mano y tanteó en el vacío.

Bárbara llevó su mano temblorosa, muy temblorosa, hacia la de él.

Peter Harrison se la aprisionó, crispando sus dedos hasta hacerle daño.

—No me aprietes tanto, por favor.

—¿Te molesta?

—No es eso. Me vas a romper los dedos…

—Perdona.

Hubo un silencio. No muy largo. No muy corto. Simplemente un silencio que encogía y estremecía el espíritu.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella, finalmente.

—Ha sido espantoso… —dijo él.

—Sí, Peter. No merece perdón, ni posible misericordia, quien haya sido —y de pronto—: Tú sabes quién ha sido, ¿verdad? Te hemos oído decirlo.

—Sí, sé quién ha sido —asintió—. Pero no pronunciaré su nombre. Ni ahora ni nunca.

—Pero… —objetó Bárbara.

—De todos modos —repuso él—, que hayas hablado como acabas de hacerlo tiene mucho valor, ya que nunca me has querido, incluso me has odiado. Lo sé… Pero ya no me odias, claro que no, porque ahora sólo sientes por mí una terrible compasión. Pero no te alarmes —se apresuró a hacerlo constar—, ahora no tendrás que casarte conmigo si no quieres. Ahora que no tengo visión, veo las cosas más claras. ¡Qué amarga ironía! Pero es así. Comprendo, pues, que era una canallada obligarte a que unieras tu vida a la mía.

—No te atormentes pensando en todo eso —dijo Bárbara Mayne —. Ya hablaremos con más calma.

—Sí, ya hablaremos. Ahora prefiero quedarme solo.

—¡Cameron! —llamó—. Acompáñala. Pero vuelve aquí, en seguida.

—¿Quieres que busque al doctor Lloyd? —Preguntó Bárbara—. Quizá convenga que te haga otra cura…

—¡No necesito al doctor Lloyd para nada! —exclamó rabiosamente, interrumpiéndola—. ¡Por mí, puede estar colgado de la lámpara de bronce del gran salón!

Bárbara Mayne salió temblando del dormitorio, y tan pálida, tan verdaderamente desencajada y lívida, que Susan, apenas la vio aparecer, le dijo que debía tomarse una copa.

Joe se la sirvió. A ella y a los demás. Por lo menos a los que la quisieron.

Estaban en la biblioteca. Donde las dos lámparas, de varios brazos cada una, se hallaban totalmente encendidas. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba las dos y cuarto.

Finalmente se habían reunido allí en espera de que Bárbara Mayne les pusiera al corriente de cómo y de qué forma se iban desenvolviendo los acontecimientos.

Antes, empero, unos y otros se habían dividido, recorriendo las estancias de la vieja mansión. Todos ellos a la búsqueda del doctor Lloyd.

Pero nadie había dado con él, aunque, ciertamente, la búsqueda no había sido muy concienzuda.

—Bien, díganos lo que sea… —la señora Clayton fue la que se mostró más impaciente—. Estamos ansiosos por escucharla. ¿Qué sucede?

—Está en la cama —la voz de Bárbara Mayne era sumamente insegura—. Sabe quién le agredió, pero no quiere pronunciar su nombre. Ni ahora ni nunca, han sido sus propias palabras. Esto es todo. No tengo nada más que contarles. Supongo que se esperaban algo más.

—Pero díganos al menos lo que usted piensa, lo que usted cree —repuso la señora Lloyd—. ¿Ha podido ser él quien…? Me refiero a prender fuego al pabellón.

—¡No digamos más tonterías! —Exclamó Rock Kane—. ¡Ya hemos dicho bastantes! ¿Cómo va a poder, un hombre ciego…?

—Recuerde —repuso el joven Edward Durni— que el doctor Lloyd dijo que no estaba en la cama, que había desaparecido.

—Me inclino a suponer —intervino Alice Kane— que nos quiso gastar una broma.

—¿Es éste momento de bromas? —Inquirió, adustamente, la señora Lloyd—. Además, mi hijo no bromea nunca en cuestiones serias.

—Cameron ha dicho que su señor no ha abandonado el lecho para nada —apuntó Rock Kane.

—Alguien ha mentido, ¿no creen? —dijo la señora Clayton.

—Bueno —resumió Rock Kane—, lo más razonable es que no nos aventuremos a forjar hipótesis y que hablemos con el doctor Lloyd.

—Pero ¿dónde está? —Preguntó Susan Mayne—. Temo que haya podido sucederle algo.

—Yo me estoy temiendo lo mismo —dijo a su vez Bárbara Mayne.

—Busquémosle —dijo Joe.

* * *

No hizo falta que la búsqueda fuera muy prolongada.

Apareció en el gran salón, colgado de la lámpara de bronce que pendía del techo.

Bárbara Mayne inició un grito histérico, pero no llegó a proferirlo. Su espanto era excesivo. Le privaba incluso de las fuerzas precisas para exteriorizarlo.

—Si supieras… Si supieras… —dijo a su hermana.

—¿Qué pasa? —Preguntó Susan Mayne—. Si supiera ¿qué?

—Peter… Peter me ha dicho… Hace poco, cuando he estado en su dormitorio… ¡Es espantoso! ¡Ya no sé qué pensar! ¡Esto es como para perder la razón!

—¿A qué te refieres, Bárbara?

—Le he preguntado a Peter si quería que buscara al doctor Lloyd y me ha respondido que no le necesitaba para nada, y que por él… por él… ¡podía estar colgado de la lámpara de bronce del gran salón!

—¡No! —exclamó Susan.

—Sí, sí…

—¿Está segura de lo que dice? —Preguntó Joe—. Comprenda la importancia de estas palabras…

—Sí, estoy segura —afirmó Bárbara.

—Lo que no significa —intervino Rock Kane— que se haya delatado, ni siquiera nada parecido. ¿Cómo pueden suponerlo? Ese hombre no se ha movido del lecho, no puede valerse por sí mismo.

—Entonces; ¿cómo sabía…?

—No sabía nada, porque nada podía saber —hizo constar Rock Kane—. Ha debido tratarse, simplemente, de una coincidencia.

—Una coincidencia excesivamente macabra.

—En esto estoy de acuerdo con ustedes.

—A menos —aventuró el joven Edward Durni— que una persona a sus órdenes… Por ejemplo, la misma persona que prendió fuego al pabellón… Porque alguien lo hizo y no, no pudo ser Peter Harrison. Quizá Cameron, el anciano sirviente… No es tan absurdo suponer…

—Bien mirado, nada es absurdo —dijo Rock Kane—, pero nada es tampoco lógico.

El cadáver del doctor Lloyd había sido descolgado y sobre su cuerpo lloraba su madre, desgarradoramente.

Su dolor le privaba de percatarse de cuanto no fuera su propio

sufrimiento, pero esto, como es natural, no les sucedía a los demás.

Y los demás se habían ya dado cuenta de que el cuerpo del doctor Lloyd presentaba terribles rasguños, profundas heridas, claras muestras de violencia.

Por lo que se deducía de un modo aplastante, que el doctor Lloyd, antes de ser ahorcado, había librado una encarnizada batalla con su enemigo.

CAPÍTULO V

Susan Mayne miró en torno a sí.

Estaba en la biblioteca.

Miles de libros se alineaban ordenadamente en las estanterías. Desde el suelo al techo, cubriendo casi todas las paredes. En un ángulo, el mueble bar. Las dos grandes lámparas, encendidas.

Crepitaban las llamas en la chimenea, que hasta hacía poco había permanecido apagada.

Pero Joe se había encargado de encenderla, deduciendo que era una buena medida hacerlo, ya que aquella noche no era fácil que nadie se acostara.

Cameron, por su parte, también trajo leña. Y fue esta ocasión la que aprovechó Susan para hacerle unas cuantas preguntas.

Ya que los demás se hallaban apartados, la oportunidad era única. Un modo como otro, al menos, de intentar encontrar el hilo a aquella inquietante tela de araña.

—¿Qué opina usted, Cameron, de todo lo que está sucediendo? Como fiel sirviente de la casa, supongo que…

—Se lo ruego —la interrumpió—, no me pregunte nada.

—¿Por qué no? —Quiso saber—. ¿Qué mal hay en ello? Dígame, ¿conoce usted a alguien que odie a su señor, tanto, tanto como para llevar a cabo un acto tan horripilante como el que todos hemos tenido la desgracia de contemplar?

—No me pregunte nada.

—Pero, ¿por qué no?

—No hay ningún mal en ello. Por descontado que no. Pero al señor Harrison le disgusta que hable demasiado.

—La discreción es una buena virtud en un sirviente, convengo en ello con usted, pero dadas las circunstancias…

—Comprendo su punto de vista, pero yo conozco a fondo el carácter del señor Harrison, y sé que no me perdonaría si dijera

algo indebido.

—Ya que dice que conoce a fondo al señor Harrison, dígame al menos eso. ¿Cómo es ciertamente el señor Harrison?

—Un señor que paga muy bien los servicios que se le prestan. Sí, los paga maravillosamente bien.

—¿Lo dice por experiencia propia?

Cameron asintió. Pero su rostro seguía inmutable. Por lo visto había aprendido a controlar sus emociones.

—¿Hace mucho que le sirve?

—Más de veinte años.

—Conocería a sus padres…

—Sí, a toda la familia.

—¿No queda nadie?

—Todos murieron.

—¿De muerte natural?

—Sí.

—Dígame, Cameron —y la pregunta surgió de pronto, de un modo instintivo—. ¿En la familia ha habido algún loco? Supongo que usted debe estar al corriente.

Cameron apretó los labios. Con fuerza. No quería responder a esto.

Pero finalmente dijo:

—Sé cuanto se refiere a la familia Harrison y a esta vieja mansión.

—Pues responda a mi pregunta, por favor. ¿Ha habido algún perturbado? Me refiero a anteriores generaciones…

—Pues, sí —decidió a decirlo, aunque no de buena gana.

—¿Fue su padre?

—No.

—¿Su abuelo?

—No, no. De eso hace mucho. Más de cien años. Así lo cuenta la historia, o lo que es lo mismo, el manuscrito.

—¿Qué manuscrito?

—Este… —y Cameron indicó un grueso libro, de tapas negras y doradas, que permanecía en una de las estanterías, en lugar preferente. Y agregó—: Aquí dejó marcada su locura Peter Harrison, el antepasado del señor.

—¿Se llamaba exactamente como él?

—Sí, exactamente. En fin, es mejor que yo me vaya —de pronto había temido alargar demasiado aquella conversación.

* * *

Susan estaba deseando coger aquel grueso libro, de tapas negras y doradas. Estaba ansiosa por ojearlo.

¿Qué podía tener que ver el pasado con el presente?

Posiblemente nada. Estaba dejando correr la imaginación.

De todos modos, leyendo pasaría más distraída el rato. Algo que no debía desestimarse en aquellos instantes en que la tensión del ambiente y de los propios hechos, hacía que las horas y también los minutos, e incluso los segundos, parecieran dilatarse hasta hacerse verdaderamente inacabables.

Se sentó en uno de los sillones, junto a la chimenea. Abrió el libro sobre sus rodillas.

La claridad de las llamas bailaba sobre las páginas. Era como una danza macabra que pareciera burlarse de su ansiedad por leer.

El reloj de la repisa de la chimenea marcaba las tres menos cuarto.

No tardó su mirada en detenerse en una letra alargada, puntiaguda, que exageraba particularmente las mayúsculas y recalcaba excesivamente las comas y acentos.

Empezó a leer:

«Yo, Peter Harrison, en fecha 15 de diciembre de 1872, escribo, narro y afirmo que nunca me arrepentiré de lo que hice.

Pocas mentes hubieran acertado a concebir algo tan intachablemente perfecto.

Todavía recuerdo, como si fuera ayer, el maravilloso cariño y las inacabables dulzuras que mi madre tenía con mi hermano gemelo Richard. Conmigo no, a mí siempre me trataba de un modo distinto, frío, como si yo no fuera también su hijo.

Richard se crecía ante las deferencias que recibía y, a su vez, se mostraba conmigo cada día más despectivo, más desdeñoso.

Cierta mañana, no lo olvidaré nunca, se atrevió a decir a nuestra madre: «Me avergüenza ir con él. A veces parece que esté mal de la cabeza.»

Yo no tenía aún quince años. Ahora tengo ya treinta. Sin embargo, oigo aún estas palabras como si acabaran de ser pronunciadas. O como si, hechas de plomo derretido, se me hubieran clavado en los oídos por toda una eternidad.

En aquel instante, odié con todas mis fuerzas a Richard. Le odié tan intensamente, tan ciegamente, que me juré a mí mismo que le haría todo el mal que pudiera.

Fueron pasando las horas.

Fueron pasando los días.

No se me ocurría cómo dar rienda suelta al terrible odio que llevaba dentro, y que me desgarraba las entrañas como si se tratara de una víbora venenosa.

Pero la solución me vino por sí sola, como si fuera el propio destino quien me la brindara.

Richard y yo salimos juntos de la mansión. Nuestra madre acudió a despedirnos.

Íbamos a ir a través del bosque, a cazar, como solíamos hacer bastante a menudo.

—Cuidado con el pantano —nos recomendó nuestra madre.

—No te preocupes, mamá —contestó Richard—. Vamos a ir por el bosque. Antes de que anochezca estaremos ya de regreso.

Pero una vez en el bosque, en un lugar donde la vegetación parecía ser aún más enmarañada y lujurienta, sucedió de pronto…

Flaquearon las hojas y las ramas secas que cubrían el suelo, vacilaron los pies de Richard, y tras tambalearse grotescamente, al querer inútilmente mantener el equilibrio, cayó en un pozo. En un pozo cuya existencia todos nosotros ignorábamos.

Yo me quedé paralizado, sin acertar a moverme. No hubiera podido ayudarle ni aunque en ello me fuera la vida.

Luego, sí, reaccioné. Pero desde aquel preciso momento, presentí, adiviné, supe que tenía ya al alcance de la mano la venganza tan ansiosamente ambicionada.

Me acerqué al borde del pozo.

—¡Richard! —llamé.

—He caído al fondo… —oí la voz de Richard, quejumbroso.

—¿Te has hecho daño? —le pregunté.

—Sí, en una pierna… Pero no, no me la he roto, puedo moverla…

—Te oigo mal, Richard. ¿Estás muy abajo? ¿Has caído muy hondo?

—Sí, mucho.

—Voy a apartar las ramas, así entrará la luz y podré verte…

—Sí, hazlo.

Lo hice. Pero lo cierto es que yo no tenía la menor intención de sacarle de allí. Muy al contrario.

Pronto pude percatarme de cuánta era la profundidad del pozo. Por lo demás, sus paredes eran de piedra lisa, dura y resbaladiza.

Entonces me eché a reír.

—¿Qué te pasa? —Preguntó Richard, desde el fondo—. ¿Por qué te ríes así?

—¿No te lo imaginas?

—No, no… No puedo imaginarlo… Pero me asusta tu risa…

Volví a reírme. Aún más fuerte. Más estrepitosamente. Hasta sentir que sudaba de emoción.

—¡Vas a quedarte aquí metido! —exclamé—. ¡Vas a pagarme todo el mal que me has hecho!

—¿Qué estás diciendo? —oía estremecida, agobiante, la voz de Richard—. No puedes estar hablando en serio.

—Pues sí —me reía yo—, te hablo completamente en serio. Vas a quedarte solo, en esa oscuridad. Hasta que una y otra vez maldigas el haber sido malo conmigo.

—Soy tu hermano… —gemía la voz de Richard—. ¿Cómo vas a hacer conmigo algo tan espantoso? ¡Me moriría de hambre!

—¡Oh, no! —Me apresuré yo a tranquilizarle, o a asustarle aún más—. No es mi intención que mueras de hambre.

—¿Qué pretendes hacer conmigo? —se le notaba cada vez más asustado, más atemorizado.

—Ya te lo he dicho, dejarte ahí metido. Pero te traeré comida. Cada tres o cuatro días. Cuenta con mi visita. Para que sigas viviendo, para que no mueras.

—¡No, Peter, no! —Exclamó desesperado una y otra vez—. ¡No puedes hacerme esto! ¡Soy tu hermano! ¡Sácame de aquí! ¡Ayúdame!

Imperturbable ante sus ruegos y sus gemidos, empecé a tapar de nuevo el pozo. Con ramas, con hojas. Al poco todo quedaría igual, como si nada absolutamente hubiera sucedido.

A Richard ya no le cupo duda de que había hablado en serio, muy en serio, y le oí exclamar, en el colmo de su desesperado paroxismo:

—¡Estás loco! ¡Rematadamente loco!

Le dejé allí.

Al llegar a la mansión, entré gritando, llorando, fingiendo un gran dolor. Dije que Richard y yo habíamos ido por la zona del pantano y que Richard había resbalado, cayendo al agua cenagosa.

—Le ha tragado en unos pocos instantes.

Mi madre creyó morir de dolor.

Hizo buscar el cadáver de su hijo. Una y otra vez. Afanosamente, desesperadamente… Pero la búsqueda sólo dio lugar a lógicos y continuados fracasos. Finalmente se resignó a no recuperar su cuerpo.

Pero ni aún así, me dedicó a mí el amor que ya no podía ofrecer al hijo preferido. Era como si a pesar de haber creído en mi versión de los hechos, algo en su interior le repeliera al mirarme.

Sin embargo, a mí ya no me dolía su indiferencia. Me sentía vengado. Sobre todo cuando iba al pozo y le echaba comida.

—¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí! ¡Sácame!

Yo le hablaba y me reía de él. Bueno, esto al principio. Los primeros meses.

Después iba, le echaba comida y ni siquiera le decía nada.

Sólo le hablaba cuando me apetecía, cuando me venía en gana.

Pero, eso sí, no le faltaba nunca la comida precisa para no morir de hambre. Ni la ropa necesaria para no morirse de frío.

A veces, desde lejos le oía gritar. Gritar y gritar durante horas y horas. Supongo que intentaría salir de allí por todos los medios, fracasando siempre, desesperándose siempre. También le oía jurar, una y mil veces, que se vengaría de mí.

Terminé no haciéndole caso. Sabía que de allí no podría salir nunca.

Fueron pasando los años.

Muchos años.

Yo ahora tengo ya treinta.

El sigue viviendo.

No, no me arrepiento de haberlo hecho. Por lo que, como al principio de estas líneas, así lo escribo, narro y afirmo.»

CAPÍTULO VI

Susan había acabado con los nervios deshechos, verdaderamente desquiciada por aquel alucinante relato.

—Es sólo una lectura —le dijo Joe—. No tiene por qué ponerse así. Cálmese, por favor —y añadió—: Es sólo un libro escrito hace más de cien años. Demasiados años para que le dé importancia a lo leído.

—Sí, claro… —asintió ella—. De todos modos, después de los hechos horribles que han acaecido, este manuscrito parece ser un motivo más de alarma.

—No ha debido leerlo, ha debido quedar en la estantería, quieto, inmóvil, como en realidad lo está aquel pasado, por tétrico y tenebroso que pudiera haber sido.

—Tiene razón.

En aquel momento llegó hasta ellos, descendiendo desde el piso, el llanto convulsivo de la señora Lloyd.

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido? —preguntaba gritando una y otra vez, entre sollozos ininterrumpidos.

Partía y estremecía el corazón oírla.

—¡Si mi hijo era tan bueno! —exclamaba—. ¡Si nunca hizo mal a nadie! ¡Parece imposible! ¡Imposible!

Todos estaban dispuestos a pasar la noche en vela. Bueno, lo que faltaba de la noche.

Era sin duda lo más sensato, dados los interrogantes que se cernían sobre todos ellos como una sombra cada vez más siniestra y amenazadora.

Así pues, se fueron acomodando en los sillones de la biblioteca, cuya chimenea, Joe y Cameron iban cargando con gruesos troncos para que no amainase el fuego.

Sólo estaba aparte la señora Lloyd. Quería permanecer rezando en la habitación en que había sido dejado el cadáver de su hijo.

Una habitación, al otro extremo del pasillo donde se hallaba la de Peter Harrison.

Sólo la rodeaba su llanto, sus sollozos, su desespero, a ratos sus desaforados y desesperados gritos.

Pero en un momento dado, la señora Lloyd oyó unos leves golpecitos dados no supo exactamente dónde.

Se giró, pero no vio nada. No obstante, estaba segura de que alguien había querido llamar su atención.

En esto, oyó una voz de hombre que le decía:

—A las tres y media, en punto, la espero fuera. Venga y le diré quién mató a su hijo.

La señora Lloyd no se asustó. Era demasiado su dolor de madre para poder sentir miedo por su propia seguridad.

—Iré —respondió.

Siguió de rodillas, junto al cuerpo sin vida de su hijo.

—Debo decirle algo más —sonó de nuevo aquella voz, ahora ya sabía desde dónde—. Le cobraré el favor. Cinco mil libras. Sé que las lleva encima.

—Se las llevaré —repuso la señora Lloyd, sin dudarlo un solo instante.

—De acuerdo. Esto es todo.

Se cerró la puerta interior que por unos instantes se había entreabierto. La señora Lloyd tuvo que conformarse, pues, con no saber quién era aquel hombre.

Pero había oído su voz, que creía haber reconocido. A pesar de que el interesado había hecho esfuerzos, estaba segura, por desfigurarla.

Lo cierto es que la señora Lloyd fue, recelosa y desconfiada, a presenciar aquella boda. Tanto es así, que daba casi por seguro que el enlace terminaría no llevarse a cabo.

Veía que Bárbara Mayne se casaba muy a disgusto.

De ello que, por si acaso, había sacado del Banco aquellas cinco mil libras. Las había sacado por si, una vez rotas aquellas relaciones, a su hijo le daba de nuevo por sentirse sentimentalmente atraído por la hermosa joven.

En tal caso, ella hubiera dicho a Bárbara Mayne:

—No le haga caso. Le doy cinco mil libras a cambio.

La boda no se había celebrado.

Tal como ella presumía.

Pero el dinero iba a darlo por algo muy distinto a lo imaginado. ¡Maldito asesino!

¿Quién podía saber que ella llevaba aquel dinero? Alguien que había estado cerca de su equipaje. Sin duda un sirviente. Y allí sólo había dos.

Sí, estaba segura de que aquella voz había sido la de Cameron.

¿Qué hora sería?

Aún faltaban un par de minutos para las tres y media. Tenía que ser puntual.

* * *

Entre las charcas de agua cenagosa del pantano surgían plantas tupidas, enmarañadas, que parecían querer ocultar traidoramente la muerte que tras ellas se escondía.

No hacía frío, pero sí mucha humedad, una humedad pegajosa que se calaba y entumecía los músculos. Pero ya no llovía. Posiblemente ya no llovería más. Puede que al día siguiente el cielo mostrara algún claro.

La señora Lloyd había logrado salir sin que nadie reparara en ella. Achicaba los ojos, queriendo ver la oscuridad, que se le antojó negra y tenebrosa como un mal presentimiento.

Empero, fue avanzando. No sabía exactamente dónde era la cita. No habían concretado nada en este sentido. Podía ser junto al lindero del bosque. Podía también ser junto a la orilla del pantano.

Avanzó de un modo lento, vacilante, inseguro, pero sin sentir miedo.

Hasta que, ya muy cerca del pantano, oyera unos gemidos apenas articulados.

Fue hacia allí. Ahora acelerando sus pasos. Deseosa de llegar cuanto antes.

Era Cameron. Se dio cuenta cuando estuvo junto a él. No antes. Antes no veía nada.

Estaba junto al mismo borde del pantano, caído en el suelo, en una postura grotesca, con un hacha clavada en el cuello.

Pero aún vivía, aún gemía…

—¿Quién ha sido? —preguntó la señora Lloyd, inclinándose apresuradamente hacia él.

—El mismo que mató a su hijo —murmuró Cameron—. Yo quería… quería esas libras para huir de aquí… Con ese dinero y lo que tengo guardado…

Estaba agonizando, eran sus últimos instantes de vida. Era dantesco el esfuerzo que hacía por hablar.

—Tengo mucho dinero guardado. Mi señor siempre me ha pagado muy bien… Muy bien…

—¡Dígame quién ha sido! —pidió la señora Lloyd, que no quería que aquellos estertores de muerte se llevaran para siempre lo que ella necesitaba saber.

—Ha sido…

Pero antes de que Cameron pudiera continuar, surgió una silueta alta de entre las sombras intensas, impenetrables e inquietantes de la cerrada noche.

Inclinada en forzada postura sobre el moribundo, la señora Lloyd sólo llegó a darse cuenta de que la alta silueta daba una patada al cuerpo de Cameron.

Cuerpo que ante el impulso recibido, fue a caer al pantano.

Luego, como alma del otro mundo que el averno lleva de nuevo a su nefasto imperio, el intruso desapareció.

Y la señora Lloyd, espantada, horrorizada, únicamente acertó a alargar las manos y a sujetar a Cameron por debajo de los hombros.

No podía permitir que las aguas cenagosas le tragaran. Por lo menos, esto no debía suceder mientras no le dijera quién mató a su hijo.

—¿Quién fue…? ¿Quién fue…? —imploraba.

Pero Cameron, que ya no podía tener la menor esperanza de vida, sintió un miedo atroz, horripilante, a aquella muerte, y consiguiendo alzar sus manos se aferró desesperadamente a los brazos de la señora Lloyd, pero con demasiada fuerza, así que la arrastró hacia él.

La arrastró implacablemente.

De ello que, al poco, los dos cuerpos hubieran de ser siniestramente absorbidos, tragados, engullidos, por el agua enfangada y cenagosa del pantano.

Pero antes gritaron.

Gritaron los dos.

Sobre todo Cameron.

Desde la biblioteca les oyeron. Y todos ellos corrieron hacia allí. ¡Cómo no correr, si aquellos gritos helaban la sangre en las venas!

Pero sólo llegaron a tiempo de ver cómo dos cabezas desaparecían de la superficie del pantano. De un modo tétricamente absoluto y definitivo.

Como absoluta y definitiva es la misma muerte.

CAPÍTULO VII

—Si todos estábamos aquí, juntos, ¿quién es el causante de lo que acaba de suceder? —Rock Kane, tras una angustiosa pausa, formuló la pregunta.

Y el joven Edward Durni contestó:

—La misma persona que ahorcó al doctor Lloyd.

—Ya sólo cabe pensar en… —intervino Joe— en Peter Harrison… Pero éste se encuentra sin ojos. La hipótesis se derrumba por sí sola, por falta de lógica, de puro inverosímil.

—Pues no puede ser nadie más —dijo Bárbara Mayne.

—Tal vez —dijo Susan Mayne, de un modo obsesivo, obcecado, casi alucinado— haya sido… Ha sido Richard…

—¿Richard?

—¿Richard?

—¿Richard? —preguntaron todos.

—¿Quién es Richard…?

Susan Mayne crispaba las manos, se mordía las uñas, estaba hecha cisco. Era, no cabía dudarlo, a quien más le habían impresionado los últimos acontecimientos. Se dispuso a responder:

—Me refiero al hermano gemelo de Peter Harrison. Bueno, no al hermano gemelo de este Peter Harrison… Al hermano gemelo de un bisabuelo, o tatarabuelo del actual Peter Harrison…

—¿De qué nos está hablando, señorita Mayne? —Protestó Rock Kane—. Si siente la frente ardiendo y comprende que tiene fiebre, tómese un par de aspirinas…

—Ha leído un manuscrito y se ha impresionado —volvió a hablar Joe—. No se lo tomen en cuenta.

—¿No es posible, acaso, que un antepasado regrese del otro mundo para vengarse? —Susan desorbitaba los ojos y crispaba el tono de su voz—. Sí, cabe que Richard haya estado esperando más de cien años para, en éste, Peter Harrison, vengarse del otro…

—Todo esto es absurdo, ridículo —dijo Alice Kane, que miró a su hermano Rock para recibir su asentimiento.

—Sí, lo es —convino Rock—. Además, aunque ese antepasado hubiera regresado del otro mundo sediento de venganza —y él pareció, al así hablar, que admitiese la posibilidad antes aludida—, ¿qué tendría eso que ver con la muerte del doctor Lloyd, y de su madre, y de Cameron…?

—Más de cien años de espera —dijo Susan, y seguía obsesionada con su idea—, es decir, cien años de odio acumulado, pueden al desbordarse alcanzar a cualquiera de quienes le rodean.

—Absurdo, ridículo —repitió Alice Kane. Y agregó—: Yo nunca he creído en viejas leyendas. Ni creo.

—Pero ¿qué motivo podría tener ese Richard Harrison para…? —y de nuevo la pregunta de Rock Kane parecía abrir las puertas a aquella alucinante posibilidad.

No obstante, en este punto quedó cortada la conversación, al oírse unos pasos sordos, pesados, que descendían la escalera.

Miraron hacia allí.

El propio Peter Harrison iba hacia ellos. Vestía normalmente. Llevaba puestas unas gruesas y anchas gafas negras.

Sus pasos no se detuvieron al llegar al término de la escalera, y siguieron adelante en un escalofriante alarde de serenidad.

Fue directamente hacia la biblioteca, no adelantando sus manos, no tanteando el camino. Como si siguiera teniendo Ojos.

Sólo al llegar allí, Peter Harrison hizo un gesto un tanto vacilante, pues no pareció encontrar el sillón que buscaba en el lugar exacto que esperaba. Pero la vacilación fue mínima, casi imperceptible.

—Bien, aquí estoy —y Peter Harrison fue el primero en hablar. Lo hizo apenas tomó asiento en el sillón—. Sólo estaré un par de minutos. Pero deseo deciros, ante todo, que las heridas de mis ojos ya están mucho mejor, aunque no gracias al doctor Lloyd, sino a un brebaje milagroso que los Harrison tenemos desde hace muchos años, desde hace siglos. Un brebaje que cicatriza casi en el acto…

Se detuvo unos instantes. Nadie dijo nada. Todos sentían un opresivo y angustioso nudo en la garganta.

Prosiguió:

—A la policía concierne esclarecer los hechos acaecidos, desde

el primero al último, y tengo la seguridad de que así lo hará a su debido tiempo. Sólo me resta, pues, aclarar lo que a mí personalmente atañe… ¡Bárbara! —Y dirigió hacia ella la negrura de sus gafas—. Puedes irte cuando quieras y para siempre.

Bárbara temblaba como una hoja azotada por el viento. No era para menos, las gafas negras le habían localizado a la primera. No fue capaz de decir otra cosa:

—Gracias, Peter.

—En cuanto a los demás —dijo éste, con la voz enronquecida—, espero que el infierno os trague. Uno a uno, o todos a la vez… ¡Esto me da lo mismo!

Todos siguieron callados, incapaces de articular palabra. Bueno, todos no, porque Susan estaba lo suficientemente excitada para, perdido por completo el dominio sobre sí misma, alzar su voz sobre aquel espeluznante silencio:

—El doctor Lloyd ha sido ahorcado. Su madre y Cameron acaban de morir en el pantano… ¿Qué nos tiene que decir de tantos crímenes?

Las gafas negras se volvieron hacia Susan, que no lejos de aquel hombre, en pie, parecía ser la única a quien aún le recorriera la sangre por las venas.

—No tengo que decir nada —respondió, sin más.

—Pero ¿sabía, o no, que habían sucedido tales hechos? —Volvió Susan a inquirir, agregando irónicamente—: Francamente, no parece muy sorprendido.

—Los gritos de la señora Lloyd y de mi fiel sirviente Cameron, se deben haber oído a varias millas de distancia. ¿Cómo, pues, no iba a enterarme yo?

—En cuanto a la muerte del doctor Lloyd —puntualizó Susan, aún más irónica—, no hace falta preguntarle. Incluso antes de que nosotros diéramos con su cadáver, por su intención y deseo usted ya le había ahorcado de la lámpara de bronce del gran salón, ¿no es eso? Pues ha sido allí, exactamente, donde le hemos encontrado.

—Eres una chica decidida, Susan —sus palabras sonaron frías, enigmáticas, en un semblante que no movía ni un solo músculo—. Vales más que tu hermana.

—Es posible que sea decidida —dijo ella—. Alguien ha de serlo, ¿no le parece? —y cada vez con los nervios más rotos—. Pero

tampoco me suponga valiente. La verdad es que estoy medio muerta de miedo.

—No lo parece. Pero aclarando un poco más la situación, soy yo quien debiera hacer preguntas, en lugar de contestarlas, Susan. Soy yo la primera víctima, ¿no?

—Sí, lo ha sido —afirmó—. Sin embargo, a mí me gustaría preguntarle una cosa —insistía, porque su nerviosismo, su excitación, eran más fuertes que su miedo, que su propio raciocinio —. Algo especial… Muy especial…

—Como una excepción… Dime, Susan. Te responderé.

Pero Susan se angustió hasta casi creer que iba a caer desvanecida, al sentir la sensación, la viva, hiriente y estremecedora sensación, de que los ojos de Peter Harrison veían. ¡Veían! Y no sólo eso, sino que se clavaban en su cuerpo.

—Te responderé —repitió la voz ronca de él.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para sobreponerse. Pero lo hizo.

—¿Puede un muerto regresar del otro mundo? Me interesa sobremanera su opinión.

Peter Harrison se quedó tenso. Aunque sólo por unos instantes. Unos pocos instantes tras los cuales dijo:

—Tengo los pies en el suelo, el cerebro lúcido… No, no creo en fantasías. Los muertos no vuelven —y de pronto echándose a reír de un modo que a todos, a todos absolutamente se les antojó siniestro, diabólico—, ¿O acaso tú, Susan, conoces a alguno que haya regresado? Si es así, preséntamelo.

Dicho esto, Peter Harrison se levantó de un sillón y salió de la biblioteca.

De nuevo dirigió sus pasos de forma firme, segura, sin demostrar vacilaciones.

Resultaba la suya una personalidad verdaderamente escalofriante.

* * *

Varios minutos después, nadie había aún despegado los labios. Se habían quedado tan helados, que ni atinaban a reaccionar.

Finalmente fue Joe quien habló:

—Ha hecho mal en dar la cara, señorita Mayne. Eso sólo puede proporcionarle disgustos.

—Pero ¿no se han dado cuenta? —Inquirió Susan—. ¿No han comprendido la verdad? ¡Pues si está tan claro!

—¿Qué es lo que está claro? —preguntó Rock Kane.

—Díganoslo —se dejó oír la voz del joven Edward Durni.

—Es horrible todo esto… —musitó la señora Clay ton.

—Sí, horrible —corroboró Alice Kane.

Ya todos se atrevían a hablar de nuevo. La tensión había ido cediendo.

—¿No se han dado cuenta? —Inquirió Susan una y otra vez—. ¿No se han percatado? ¡Oh, yo no puedo ya tener dudas!

—Di lo que piensas —suplicó su hermana Bárbara.

—¡Peter Harrison ve! —Exclamó Susan—. ¡Ve perfectamente! Tan bien como puedas ver tú, o usted, o usted, o yo misma.

—Se ha tomado en serio eso del brebaje milagroso que los Harrison tienen desde hace siglos. ¡Por Dios, que aquí vamos a acabar todos mal de la cabeza! —sonó despectiva la voz de Rock Kane.

Sí, sonó despectiva su voz, aunque resultaba indudable, evidente, que sólo intentaba encubrir el profundo temor que iba embargándole, más y más, hasta ya casi anquilosarte.

—No me estoy refiriendo al brebaje —aclaró Susan—, sino a que ese hombre… no es Peter Harrison. ¡No lo es! Ese hombre es Richard… ¡Estoy segura, es Richard!

—Vuelve a lo mismo, está obcecada —pero el joven Edward Durni acusaba el impacto que todo aquello le estaba proporcionando.

—Si sus ojos ven… —insistió Susan—, ¿qué otra explicación resulta plausible? A Peter Harrison le vimos con los ojos perdidos para siempre. Sí, es Richard… Que sediento de odio nos va a destruir a todos.

—Usted dice —intervino la señora Clayton— que sus ojos ven. Pero ésta no es más que una creencia suya, una simple hipótesis. ¿En qué se funda para afirmarlo con tanta convicción?

—Le vi traspasar el pantano, con la antorcha encendida en la mano —repuso ella—. En cuanto a lo sucedido al doctor Lloyd, sólo

él pudo hacerlo.

—Pudo haber sido Cameron —dijo Alice Kane.

—Cameron era viejo y el doctor era joven —repuso Susan, segura, concluyente—. Si pelearon, si hubo lucha… Tuvo que ser un hombre fuerte y lleno de facultades físicas quien consiguiera reducir al doctor Lloyd.

—Sí, esto es cierto —convino la señora Clayton.

—Además —remachó Susan—, si la señora Lloyd y Cameron han muerto ahogados en el pantano, ¿a qué se ha debido el hecho? Muy rebuscada y peregrina sería la idea de que se ha tratado solamente de un mero y vulgar accidente.

—¡Yo voy a irme! —Decidió Bárbara Mayne, al parecer sin importarle demasiado la opinión que pudieran tener ó sostener los demás—. ¡Voy a irme en seguida! ¡Cogeré mi coche y me largaré de aquí, hacia donde sea! Cualquier lugar será mejor que éste.

—Estoy de acuerdo con usted —opinó la señora Clayton—. Sería puro desvarío, después de tan horrendos sucesos, seguir aquí un minuto más. Ignoro si sus ojos ven o no…

—Desde luego, lo sensato es irse —opinó a su Vez Alice Kane—. Aunque yo no creo en muertos que regresan del más allá.

—Pues por mí no va a quedar —afirmó Susan—. ¡Yo también me voy ahora mismo! ¡Esta casa y sus habitantes están malditos, como maldito fue el odio que engendraron las almas de sus antepasados! Sí, yo sí creo ahora en muertos que regresan del otro mundo para llenarnos de pavor!

De súbito, se puso a temblar de pies a cabeza, a sudar como una condenada, a gritar histéricamente, y Joe tuvo que cogerla por los hombros y sacudirla fuerte, para así hacerla reaccionar.

Era como si estuviera perdiendo la razón. Sí, de todos ellos Susan era la más profundamente afectada, destrozada, por los últimos hechos acaecidos.

Pasada la crisis de Susan, las mujeres miraron interrogativamente a los hombres.

Y éstos, que en realidad estaban muertos de miedo, decidieron:

—Podemos irnos —dijo Rock Kane.

—Inmediatamente —puntualizó el joven Edward Durni.

CAPÍTULO VIII

Pero antes de abandonar la mansión, ¿debían despedirse del dueño? ¿O dado que había deseado que el infierno les tragara, bastaba y sobraba por parte de ellos el simple hecho de marcharse, de huir?

Optaron por irse sin dar explicaciones. Realmente éstas resultaban innecesarias. Además, ninguno de ellos estaba en disposición de pedir mucho más a sus nervios.

Fueron a recoger sus cosas, de las habitaciones que con anterioridad les había sido destinada por el que, entonces, era un feliz y venturoso novio.

Hacer las maletas sólo les llevaría unos instantes. Así pues, antes de diez minutos estarían ya muy lejos de aquella casa.

Pero cuando pasaron ante la puerta de la alcoba de Peter Harrison, oyeron su voz:

—Pueden pasar.

Nadie había llamado a aquella puerta, pero ante el ofrecimiento formulado pensaron que no tocaba otra alternativa que entrar.

Así lo hicieron, en grupo, indecisos, ninguno queriendo quedar en primera fila.

Peter Harrison estaba acomodado en un sillón, ante la chimenea encendida, aunque aquel fuego estaba ya un poco falto de leña. Seguía teniendo puestas las gafas negras.

Como no había en la habitación otra luz que la de las llamas, todo eran sombras que se movían, que se agitaban.

—Vamos a irnos —se decidió a hablar Bárbara Mayne.

—¿Todos? —preguntó Peter Harrison—. ¿Tú también Joe? —Pero sin esperar respuesta—: Sí, puedes irte. Lo prefiero. No eres la clase de sirviente que yo necesito —y sin pausa—: ¿Y tú, Susan? ¿Tú también vas a irte?

—Sí, yo también —dijo ella, pero casi sin voz.

—Acércate, por favor —repuso él—. Al menos estrechémonos la

mano en señal de despedida, como dos buenos amigos. Yo no te guardo rencor por nada.

Susan se acercó, pero arrastraba los pies.

Sin embargo, una vez allí, junto al sillón, pareció crecerle el ánimo, las fuerzas, y en un gesto incontenible alargó la mano y arrebató, de un brusco tirón, aquellas gafas negras.

Y ya las gafas en manos de Susan, todos pudieron ver de nuevo, espantados, horrorizados, aquellas dos cuencas vacías.

—Perdóneme —rogó Susan, devolviéndole las gafas.

Peter Harrison las cogió, volviéndoselas a colocar. No dio la sensación de haberse alterado lo más mínimo.

Pero Susan salió de la habitación más desquiciada que nunca.

¡Ya no sabía qué pensar! ¡Ya no sabía qué sentido podía tener o dejar de tener todas aquellas ideas que antes se habían incrustado en su mente! Incrustado como si de hierro candente se tratara.

No obstante, tardó poco en serenarse algo, en centrar sus pensamientos y en decirse a sí misma que había sido ridícula e insensata al creer que aquel hombre pudiera ser Richard, un ser que había muerto hacía cien años. ¡Sólo una mente extraviada podía concebir semejante cosa! ¿Cómo había sido tan loca…?

No cabe duda, terriblemente nerviosa y excitada por todo lo sucedido* había acabado sin razonar cuerdamente. Pero, por fortuna, estaba ya colocando las ideas en su debido lugar.

Algo resultaba evidente. La primera víctima había sido Peter Harrison y sus ojos vacíos estaban allí, y uno de los presentes a la ceremonia había sido quien atacó a Peter, aprovechando la oscuridad de unos instantes… Estaban como al principio. Exactamente lo mismo. No se había adelantado nada.

Peter Harrison no pudo cruzar el pantano con la antorcha, ni pudo matar al doctor Lloyd ni tampoco podía tener nada que ver con la muerte de la señora Lloyd y de Cameron. Ni tampoco pudo mirarla a ella, a través de sus gafas negras, del modo que ella absurdamente supuso.

Peter Harrison se hallaba al margen de todo ello, porque, evidentemente, un hombre en sus condiciones físicas no podía valerse para nada. Bastante había hecho bajando las escaleras y llegando con soltura hasta la biblioteca.

Sin embargo, ella estaba segura de que era él quien vio cruzar el

pantano.

No, no debía darle más vueltas al asunto. Se desquició su mente y creyó ver lo que no era. Debía olvidarlo.

Por lo demás, otro hecho resultaba también evidente. Un asesino había andado suelto o quizá andaba aún… ¿Quién de ellos?

Al parecer, eso sí, Peter Harrison sabía a quién pertenecía la mano que le había mutilado. ¿La misma que, luego, había ido extinguiendo vidas?

Todo esto era demasiado enredado, confuso. Resultaba angustiosamente incomprensible.

* * *

Pero aún faltaba para Susan el último acto.

El peor y más alucinante acto en aquella diabólica obra en la que nunca creyó que pudiera llegar a representar el papel de protagonista.

Pero se lo iban a imponer.

Quieras que no.

—Alguien ha estropeado los coches —oyó decir a Rock Kane—, Sólo funciona uno, el de Edward Durni. Pero no cabemos todos… Alguien ha de quedarse.

Nadie estaba dispuesto a ser el excluido. El miedo era absoluto. Quizá por eso ya no venía a cuento tomarse la molestia de disimularlo. Por lo menos ésta era la deducción que se sacaba luego de haber mirado aquellos rostros desencajados.

—Sólo cabemos seis, como máximo. Sobra uno…

Todos miraron a Susan Mayne, y ella se estremeció. ¿Por qué la miraban de aquel modo, a ella, precisamente a ella?

La señora Clayton expuso el pensamiento general:

—Podría quedarse usted. Es indudable que le resulta más simpática que nosotros a Peter Harrison. Usted, estoy segura, no tiene por qué temer nada. Además, dentro de poco amanecerá y sin duda llegará la ayuda…

Susan no quiso dejarla proseguir. Se dispuso a protestar enérgicamente. No tenían derecho a…

Pero en aquel preciso instante dio un paso hacia delante, con un

ademán excesivamente agitado, y resbaló. Resbaló tontamente y se torció un tobillo.

—¿Puede mover el pie?

Podía, pero le dolía bastante. De todos modos, no; lo tenía roto, .sólo se trataba de una torcedura.

Se lo vendaron fuerte. Bien vendado. Fue lo último que hicieron por ella.

Luego, todos, también Joe, incluida su propia hermana, echaron a correr hacia donde estaba el único coche cuyo motor aún funcionaba.

Bueno, su hermana se rezagó un poco más y le dijo:

—Yo le tengo demasiado miedo, no puedo quedarme. Toma —le acercó unas revistas—, lee un poco, distráete. Por favor, no te enfades conmigo…

Ella se quedó en la biblioteca, doliéndole demasiado el tobillo para intentar defender un puesto en aquel coche. Un puesto que, bien mirado, era tan suyo como pudiera serlo de otro.

Oyó cómo el coche arrancaba. Cómo se alejaba.

Se quedó sola, impotente, asustadísima, rodeada de un silencio que hubiera sido absoluto a no ser por el tic tac del reloj.

Tic… Tac…

Tic… Tac…

Las manecillas del reloj de la repisa de la chimenea marcaban las cinco menos veintiocho. ¡Dios de los cielos, cuánto faltaba aún para el nuevo día! ¡Qué noche más larga, más eterna!

Transcurrió un largo rato.

Todo seguía igual.

Se puso a hojear las revistas, pero casi no se daba cuenta de lo que hacía. Lo hacía maquinalmente. Miraba casi sin ver.

En esto, oyó unos pasos pesados, sordos, que descendían la escalera.

Pertenecían a Peter Harrison. No podía dudarlo. Resultaba fácil reconocerlos.

En efecto, se trataba de él, que como en aquella otra ocasión se dirigió hacia allí rectamente, sin demostrar vacilaciones.

Asimismo, como aquella otra vez, tomó asiento en el sillón. En el mismo sillón.

—Te han dejado sola, ¿eh?

—Sí —musitó Susan.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—Un poco —dijo, tragando saliva.

—¿De mí?

—No, no…

—Entonces, ¿de quién? —Se rió de ese modo que evidentemente ponía los pelos de punta—. ¿De alguien que vuelva del otro mundo? Por lo que me dijiste, tú crees en esas cosas.

—No, claro que no. ¡Pero estoy tan nerviosa! ¡Han sucedido cosas tan horribles!

—Aún pasarán más —pronosticó.

¿Su acento fue tétrico? ¿O amenazador? Susan no hubiera sabido decirlo. Pero todo su cuerpo sufrió una fuerte sacudida, como una descarga eléctrica.

—¿Qué dice…?

—Que aún han de suceder más cosas. Lo lamento por ti, Susan, pero no has tenido suerte. Te han dejado sola. Y es lo peor que podía sucederte.

—No quiera asustarme más —volvió a tragar saliva—. Ya lo estoy bastante.

Pero al margen de lo que estaban hablando, Susan acababa de hacer un escalofriante descubrimiento.

Se le erizaron los cabellos.

Se trataba de que, mientras hojeaba las revistas que su hermana le había dejado allí, encontró una carta. Una carta que Peter Harrison escribió a Bárbara, no hacía mucho. Una vulgar carta de amor, sin más trascendencia.

Pero he aquí que ahora, al volverla a mirar, casi instintivamente, reparó en algo que, en el primer momento, le había pasado desapercibido.

Aquella letra no le era desconocida. Era una letra alargada, puntiaguda, que exageraba particularmente las mayúsculas y recalcaba excesivamente las comas y los acentos.

Dio un nuevo respingo.

¡Era exactamente la letra de aquel Peter Harrison que escribió en el manuscrito!

Fue como si Susan concibiera de súbito una ráfaga de inteligencia. ¡El hombre que escribió aquello y el actual Peter

Harrison eran una misma persona! Así pues, en lógica consecuencia, aquellas líneas no habían sido escritas hacía cien años. Eran actuales.

—¿Te pasa algo, Susan?

—No, nada.

—Te has quedado muy callada. ¿De veras no te pasa algo?

—De veras. Estoy perfectamente.

—Pero te has puesto lívida, Susan.

De no estarlo, por descontado que se hubiera puesto. No había para menos. Oyó cómo le castañeteaban los dientes.

—¿Y usted cómo sabe que estoy lívida? —preguntó.

—¿Por qué supones tú? —se rió, como antes lo hiciera, de aquel modo tan suyo, tan siniestro, tan diabólico.

Ella no respondió. No podía hacerlo. ¡Sentía que todo daba vueltas a su alrededor!

Tampoco él dijo nada en esta ocasión. Se limitó a alzar la mano, lentamente, muy lentamente, y a quitarse poco a poco las gafas negras.

Allí estaban… sus ojos. Unos ojos brillantes como ascuas. Parecían hechos de fuego.

Susan gritó. Muy fuerte. Acabó sollozando convulsivamente.

—No te has desmayado —dijo él—. Lo prefiero así —y sin moverse aún del sillón—: Te imagino llena de curiosidad. Pues bien, voy a explicártelo todo con detenimiento Será un placer. Pero antes voy a anticiparte lo que va a ser de ti… Para que no te hagas excesivas ilusiones.

Ella seguía sollozando. Se sentía sin fuerzas, con los miembros fláccidos, hundida y desplomada en el asiento como un fardo.

—Primero —dijo él— te contaré mi historia. La historia de Richard Harrison. Después te mataré.

Se detuvieron los sollozos de Susan. Ahora sólo hipaba.

—Sí, te mataré, porque no han de quedar testigos.

CAPÍTULO IX

Puesto que había leído el manuscrito, para ella iba a resultar todo aquello de mucha más fácil comprensión. Aunque sólo hasta donde cabe comprender tanto y tan incomprensible y horrendo desvarío.

Era el actual Peter Harrison quien de niño dejó en el pozo a su hermano gemelo Richard.

Aquél fue su terrible secreto durante años y más años.

Un secreto que hubiera dado cualquier cosa por poder referir a alguien, para así poder vanagloriarse del retorcido refinamiento de su mente. Pero no podía confiarse a nadie. En absoluto. Lo sabía. Debía ser prudente. Muy prudente.

Pero no pudo resistir la tentación de escribir en aquel libro, de tapas negras y doradas. De todos modos, poniendo como fecha el año 1872. Creyó que quedaba debidamente encubierta su monstruosa villanía.

En cierta ocasión, empero, su sirviente Cameron le comunicó que había ido por el bosque y que, en un lugar determinado, le había parecido oír gritos de hombre. Gritos desesperados, horrendos.

Peter Harrison le dijo que había oído mal, que habían sido figuraciones suyas, y que no volviera a decir tonterías. Fue una orden. Una orden terminante que Cameron asimiló a la primera, lo que había de resultar muy beneficioso para él, ya que a partir de entonces su amo le daba dinero por cualquier motivo. Se convirtió en el amo más generoso del mundo.

Cameron, por descontado, no volvió a oír nada. Absolutamente nada.

Luego, Peter Harrison conoció a Bárbara Mayne.

Y ya se acercaba el día de la boda, cuando empezó a llover sobre la vieja mansión y sus alrededores, el bosque y los pantanos.

Cuatro días de lluvia ininterrumpida.

Nunca había sucedido nada semejante.

En cierto lugar del bosque, la maleza, las ramas, las hojas secas, se fueron amontonando poco a poco y terminaron formando un arroyo.

Un arroyo que, sin duda por designios del misterioso destino fue a parar al pozo.

Y el pozo se fue llenando de agua, de agua, de agua…

En otras ocasiones que había llovido, el fondo del pozo se tragaba en seguida el líquido, pero en esta ocasión el arroyo era continuo, persistente, arrollador, y el pozo ya no tragaba.

Richard pudo salir de allí.

Y lo primero que hizo fue separar la maleza, las ramas, las hojas secas. Para que el arroyo cambiara de trayectoria. Para que el pozo se secara y quedara nuevamente «servible».

Y seguidamente preparó su venganza. Pero sin precipitaciones. Sin aceleramientos que pudieran hacerle fracasar. Quería algo maquiavélicamente escogido.

La mansión tenía pasadizos secretos. Varios. Los recordaba perfectamente.

Esas entradas y salidas le ayudarían a colocarse en plan de sustituir a su hermano.

Pero sólo a su debido tiempo. Cuando Peter menos pudiera esperarlo. Cuando más feliz se sintiera. Cuando creyera que había conseguido que todo saliera a medida de sus deseos.

Llegó el momento de la boda…

Richard maniobró en un fusible e hizo que la luz de la capilla se apagara. Luego penetró en el recinto, a. través de una columna movediza.

Todos estaban a oscuras. No veían nada. Pero él sí veía. ¡Tenía tan acostumbrados sus ojos a la tenebrosa oscuridad del pozo!

Cogió el tenedor de plata y zas… No tuvo piedad. No sabía ya lo que era eso. No podía saberlo porque se había vuelto tan malo, tan perverso como aquel que físicamente era exacto a él.

Luego desapareció de la capilla y les dejó a todos ellos sumidos en el estupor, en el espanto, en la duda…

Sobre todo en la duda, porque no había nadie más allí. Sólo ellos en muchas millas a la redonda. Por lo menos así lo creían. Por lo tanto, uno de ellos forzosamente tenía que ser el culpable.

Se regocijó con la idea, con el miedo que unos sentirían hacia los otros.

Respecto a Peter todo era distinto. En seguida comprendió que era él quien lo había hecho. ¿Quién otro podía ser? ¡Nadie más capaz de semejante venganza!

Peter Harrison, descompuesto de dolor, había de gritar desde su dormitorio:

—¡Sé quién ha sido! ¡Sé quién ha sido!

Los ocupantes de la casa, es decir, los invitados a la boda, creyeron que esas palabras iban dirigidas a ellos. Y temieron su represalia. No, no interpretaron, no pudieron interpretar adecuadamente lo que dijo, y quedó forjado el malentendido que, poco después, les haría dirigirse al pabellón.

Richard había entrado en la habitación de su hermano. Se había acercado a su lecho. Se había echado a reír. Sólo eso. A reír.

—No me mates —suplicó Peter—. Estoy en tus manos, lo sé… Puedes hacer de mí lo que quieras. De acuerdo. Pero no me mates…

—No te mataré, te lo juro —dijo Richard—. Pero has de hacer y decir cuánto yo te mande.

—Sí, sí, Richard.

A través de una de las estanterías de la biblioteca se podía ver a quienes se hallaban en aquella amplísima estancia. Richard no se cansaba de mirar a Susan. Le gustaba aquella chica. Le gustaba muchísimo…

Por eso le desagradó que se fueran al pabellón. Pero sabía cómo hacerles volver. Iba a resultar sencilla.

Cogería una antorcha y prendería fuego al pabellón. El resto sería cosa de ellos.

Pero el doctor Lloyd se había quedado en la casa y tendría que quitarle de en medio, porque, como médico, iba, sin duda, a resultarle demasiado entrometido, demasiado peligroso.

No obstante, el doctor Lloyd parecía esperar que Peter Harrison reaccionara violentamente y a él, Richard, le costó reducirle.

Pero finalmente lo logró, dejándole colgado de la lámpara de bronce del gran salón.

Cameron vio algo, pero hizo como si no lo viera.

Su amo acababa de decirle que fuera más discreto y silencioso que nunca, que le pagaría bien si le obedecía.

Pero no pudiendo pasarle inadvertido el desespero de la señora Lloyd ante la muerte de su hijo, Cameron vio la forma de ganar mucho dinero de una sola vez, y, aunque lo consideró un tanto arriesgado pensó que era factible hacerlo.

Había curioseado en el equipaje de aquella señora y sabía que tenía allí cinco mil libras y le pidió esa cifra, sin conformarse con menos.

Pero Richard sospechó de él y salió a su encuentro, clavándole el hacha en el cuello.

Sin embargo, no extinguió del todo su vida, y para remediarlo tuvo que aparecer entre las sombras y la bruma de la noche, dándole una patada y tirándole al pantano. Donde debería desaparecer poco después junto a la señora Lloyd.

Seguidamente, a través de aquel indiscreto estante de la biblioteca, Richard espió a todos ellos una vez más.

Parecían sospechar seriamente de Peter, y Susan Mayne, por su parte, hablaba del manuscrito y del antepasado.

Para llegar al punto crucial que deseaba, Richard decidió bajar a la biblioteca y hablar con ellos. A raíz de verle con tanta seguridad de gestos, de movimientos, sospecharían aún más.

Al dejar la biblioteca, se dirigió a su dormitorio. Pero allí hizo que fuera el propio Peter Harrison quien le suplantara.

Peter llamó a sus invitados, a través de la puerta, cuando se disponían a marcharse. Hizo, lo que Richard le dijo que hiciera.

Y Susan, ya una vez a su lado, arrancó aquellas gafas negras. Lo que Richard estaba seguro que haría. Con sus gestos seguros, firmes, evidentemente la había incitado a proceder de este modo.

Así, pretendía tranquilizarles, que no le temieran, y que en conclusión se quedaran.

Pero a pesar de tal artimaña, Susan y los demás siguieron obstinados con la idea de marcharse. Cuanto antes mejor. Lo que Richard, por descontado, no quería que hicieran.

Bueno, no quería que lo hiciera Susan.

Por si acaso, previniendo todas las posibles eventualidades, había averiado los coches. Sólo dejó uno, con un máximo de seis plazas.

No sabía exactamente por qué, pero Richard presentía, que unos y otros, de común acuerdo, querrían dejar a Susan. Esto en el caso

que insistieran en marcharse.

Para desventura de la muchacha, todo se agravó para ella con aquel fortuito traspiés que le ocasionó luxación de tobillo.

* * *

—No creo que haya omitido nada importante —dijo Richard al acabar la narración—. ¿Qué te ha parecido, Susan?

La muchacha no se atrevía a moverse. Ni a mirarle, Casi ni a respirar.

Richard se levantó de su sillón y se plantó ante ella.

Y ella retrocedió en su asiento, pegándose desesperadamente al respaldo, mientras sus dientes de arriba daban contra los de abajo, una y otra vez.

—¡Ah, sí! Me falta algo por contarte. ¿Sabes dónde está ahora Peter? —Se rió, siempre con su misma risa—. No, no le he matado. Le he jurado no hacerlo y voy a cumplir mi palabra, a menos que él me obligue a otra cosa.

—¿Dónde está? —preguntó Susan.

—En el pozo. Le he llevado allí y le he dado un empujón al llegar. Ahora está donde he estado yo tantos años. ¡Así tendrá una idea aproximada de lo que yo he sentido!

—Es espantoso —murmuró ella.

—Pienso sacarle, claro que sí… Después que te haya matado a ti —su voz cortaba, arañaba, desgarraba los tímpanos—. Antes de que salga la luz del día y venga la policía. Cuando la policía llegue, será él, Peter, quien les recibirá. No, nadie podrá sospechar de él. Nadie podrá acusarle de nada… ¡En sus condiciones! ¡Pobre desgraciado! ¡Si está ciego…! Su inocencia no podrá quedar más clara.

Hizo una pausa. Volvió a reírse. Con aquella risa que ahora más que nunca era siniestra y diabólica.

—Sólo después, cuando la investigación haya pasado, yo volveré a ocupar mi lugar. El lugar que verdaderamente me corresponde. Peter callará. Callará siempre. Ya sólo será, en adelante, un esclavo mío. De no serlo, lo sabe, le mataría.

Susan estaba agarrotada en su asiento, incapaz del menor movimiento, fija ahora su desorbitada mirada en Richard Harrison.

Petrificada de espanto.

Pero comprendía que su única posibilidad estribaba en reaccionar. En reaccionar de pronto. Haciendo de su rapidez el factor sorpresa, dejando indeciso a su enemigo.

Debía saltar de un brinco del sillón y echar a correr fuera de la biblioteca, escaleras arriba, hacia su dormitorio. Allí la puerta tenía cerrojo.

Pero le dolía mucho el tobillo. En sus condiciones no resultaba factible echar a correr en ninguna dirección, menos aún escaleras arriba.

Sólo si recurría a un ardid.

—Quisiera tomar una copa —dijo.

Richard Harrison no pareció desconfiar en absoluto de sus intenciones.

—¿Te falta el ánimo? —le preguntó.

—Sí —repuso ella.

—Sírvete tú misma —le dijo, indicándole el mueble bar.

Richard no se había ofrecido a ser él quien se la sirviera. Era fácil comprender, pues, que en realidad sí estaba desconfiando de ella.

Susan se levantó, pero al poner el pie en el suelo el tobillo le dolió aún más de lo que pudiera temerse.

Cojeando llegó al mueble y lo abrió.

Sacó una copa y se sirvió del contenido de la primera botella que halló a su alcance.

Se sirvió una dosis abundante, pero como la mano le temblaba violentamente derramó fuera la mayor parte y no menos cantidad sobre sus ropas, al llevarse la copa a los labios.

—Bien, ya has bebido… —oyó que le decía Richard, siniestramente—. Ahora acércate a mí…

Aumentó su pánico, su pavor. Y de pronto la desesperación le dio unas inusitadas fuerzas. Fuerzas a sus piernas, a sus pies, incluso a su tobillo.

Como un animal despavorido, espantado, se lanzó fuera de la biblioteca.

Richard, sin prisas, fue tras ella…

Susan empezó a subir la escalera, pero perdió el equilibrio y quedó tendida de bruces, jadeando.

Desde el suelo miró a Richard, y vio cómo, sin prisas, continuaba dirigiéndose hacia ella.

Se puso en pie y siguió subiendo la escalera, pero lo hacía a trompicones. Era una escalera verdaderamente inacabable.

Richard hubiera podido alcanzarla en seguida, pero seguía sin prisa. Sus pasos eran metódicos, siempre iguales, siempre idénticos.

Susan llegó arriba y siguió corriendo, pero daba continuos traspiés.

Alcanzó su dormitorio. Y consiguió cerrar la puerta y pasar el pestillo, aunque éste, por unos breves instantes, pareció negarse a funcionar. Pero finalmente cumplió su cometido y dejó impedido el paso.

Sin alterarse en absoluto, impávido, Richard se había quedado a unos pocos pasos de aquella puerta.

Poco a poco, la respiración de Susan fue normalizándose, regulándose, en la misma medida que aumentaba el terrible, el casi insoportable dolor de su tobillo. Que se había hinchado sobremanera, a pesar del fuerte vendaje.

Pero allí no estaba a salvo, no estaba segura. Lo sabía. Era fácil saberlo porque, de ser aquélla su salvación, Richard Harrison no le hubiera permitido llegar.

Para impedirlo, indudablemente le hubiera bastado acelerar sus pasos, sin necesidad, por lo demás, de esforzarse mucho.

Esa angustiosa certeza, hizo que Susan mirara a su alrededor con miedo, con pavor, casi no atreviéndose a adentrarse en la habitación. Una habitación parecida a las otras que había bajo aquel mismo techo, con muebles antiguos, y gruesos cortinajes.

En efecto, sus temores no eran infundados.

Pronto habían de tomar cuerpo efectivo, real, al moverse un trozo de la pared de la habitación, de forma deslizante, y aparecer por aquella abertura el propio Richard Harrison.

Su carrera escaleras arriba no le había servido de nada. Estaba otra vez a su alcance. De nuevo acorralada.

Le vio reír. Diabólicamente. Recreándose. Sus ojos parecían más que nunca hechos de puro fuego.

Pero Susan aún tenía ánimos, o por lo menos lo supuso así, para huir nuevamente de aquel hombre horrible, que si no era un perturbado poco le faltaba.

Desde luego no estaba en su sano juicio. El juicio debió, fatalmente, perderlo en el fondo tenebroso de aquel maldito pozo.

Así pues, Susan quiso huir de nuevo. Y descorrió el cerrojo y se lanzó al pasillo. Esta vez con la intención de bajar las escaleras y escaparse hacia el bosque, o hacia el pantano, o hacia donde fuera.

Cualquier eventualidad le parecía más tentadora, más acogedora, que caer en las garras de Richard Harrison.

Pero éste se había cansado de aquel juego. Que de pueril tenía demasiado. Por lo menos así lo consideró en aquel momento.

Por lo que, sin necesidad de esperar a otro instante, Richard Harrison se precipitó sobre ella.

Lo hizo rápidamente. De un salto. Como si fuera una fiera que, agazapada, traidoramente agazapada, hubiera estado esperando que pasara su presa.

La cogió antes de que llegara a la escalera. La cogió bruscamente por un brazo.

Luego alzó una mano y la abofeteó.

Pero el rostro de Richard Harrison no se había inmutado. Su semblante no había movido un solo músculo.

Sonó su voz más ronca que nunca al decir:

—Aún tienes una esperanza de vida. Que me encariñe contigo y no quiera matarte… Pero sí —se rió—, te mataré ¡Ven a mi habitación! ¡Sígueme!

Y a rastras se la llevó.

El reloj de la biblioteca dejó oír sus campanadas.

Eran las cinco.

CAPÍTULO X

En el coche de Edward Durni se fueron todos de aquella vieja y lúgubre mansión, donde instantes tan estremecedores habían vivido. ¡Como una horrenda pesadilla que nunca olvidarían!

Esto fue lo que sucedió. Por lo menos aparentemente, ya que lo cierto es que los hechos no se desarrollaron exactamente de tal forma.

El coche se alejó de allí, sí, esto es un hecho indudable, pero apenas el coche estuvo en la carretera, Joe dijo:

—Quiero apearme.

Nadie le había comprendido. No podían comprenderle porque era demasiado el miedo que todos tenían.

—No puedo dejar sola a la señorita Mayne —explicó.

Siguieron sin comprenderle. Por lo menos a juzgar por las caras que ponían. Sin embargo, se oyó la voz de Bárbara:

—Gracias.

Al poco, el coche había arrancado de forma definitiva. Y Joe quedaba allí, cerca de la vieja mansión, rodeado de la intensa oscuridad de la noche y de la espesa bruma baja procedente del pantano.

Se encaminó hacia la casa, consciente de que allí, quizá, tendría que defender a la muchacha. Pero suponía que en tal caso, tendría que defenderla de un hombre en inferiores condiciones físicas, lo que hacía que él se sintiera más valiente, más seguro de sí mismo, Otra cosa, francamente, no alcanzaba a imaginar.

Llegó al garaje y de allí, por una pequeña puerta, comunicó con el interior de la mansión. Y se dirigió rectamente hacia la biblioteca, que era donde había dejado a Susan.

Pero se quedó en el vestíbulo, quieto, inmovilizado, petrificado. Acababa de ver a Peter Harrison sentado frente a Susan. No llevaba las gafas negras. Aparecían sus ojos brillantes como ascuas. Lo

mismo que si estuvieran hechos de fuego.

Se escondió tras los gruesos cortinajes de una de las puertas, desde donde, sin que su presencia fuera notada, podría oír cuanto hablasen.

Pero cuanto más oyó, más miedo le fue entrando dentro del cuerpo.

Enfrentarse a Richard Harrison no era lo que podía haber supuesto, era algo mucho peor. Algo que rebasaba, a pesar suyo, su capacidad de valentía.

De ello que, a pesar de su inicial buena voluntad, se quedara inmóvil en su escondrijo.

Ni siquiera atinó a reaccionar, a ayudar a Susan, cuando la vio huir escaleras arriba. Resultaba demasiado impresionante y amenazadora la presencia de Richard Harrison tras ella, con pasos metódicos, siempre iguales, siempre idénticos. Siguiéndola sin prisa de ninguna clase.

Ella se encerró en su habitación y Joe se dijo una y otra vez que era un cobarde. Pero aún así siguió quieto, inmóvil, casi sin atreverse a respirar.

En esto oyó ruido y vio cómo Susan salía corriendo de nuevo hacia la escalera, esta vez en dirección contraria. Pero siempre huyendo despavorida, horrorizada, de aquel hombre que la perseguía implacable.

En esta ocasión Susan no pudo escapar de él, que la detuvo, cogiéndola por un brazo, alzando una mano y abofeteándola.

Al poco se la llevaba a rastras hacia su dormitorio…

CAPÍTULO XI

Y fue entonces cuando Joe ya no pudo soportar más su pasividad. Algo se rebeló dentro de él. Por más que, no lo ignoraba, el precio de su osadía podía ser muy caro.

Salió de entre los cortinajes y exclamó:

—¡Suéltela ahora mismo!

Cogido de sorpresa, Richard Harrison quedó de una pieza, envarado, tenso. Pero sus ojos lanzaron verdaderas chispas de furor, de cólera, en inequívoca expresión de quien está dispuesto a defender su presa a uñas y dientes si es preciso.

No soltaba a la muchacha y fue Joe quien, decididamente, subió la escalera dispuesto a dar la cara. Dispuesto a pelear. Dispuesto ya a lo que fuera.

Pero Richard Harrison sacó de su cinto un cuchillo y en consecuencia el asunto se puso feo, tan feo, que Joe no pudo evitar un estremecimiento y el decirse que de eso a estar muerto no debía haber mucho.

Sin embargo, no iba a dejarse matar así como así. Para hacerlo tenía que clavarle en el cuerpo aquel cuchillo, y a él no le faltaban fuerzas para impedirlo. Por lo menos no le daría facilidades de ninguna índole.

Tras varias acometidas, frenadas con acierto por Joe, acabaron rodando por el suelo, engarzados en una salvaje y despiadada pelea, uno y otro, pendientes de aquel cuchillo cortante, puntiagudo, cuya hoja relucía siniestramente.

Richard Harrison era fuerte, pero Joe también, así que la pelea no se decidía a favor de ninguno.

Richard tenía en su mano el cuchillo, pero Joe no le dejaba utilizarlo a su satisfacción. Eran fuerzas niveladas.

De pronto, Richard Harrison se dijo que estaba arriesgando demasiado, y optó por dejar el campo libre. Aunque sólo de

momento. Luego ya pensaría cómo atacarles por la espalda. De un modo más cómodo y certero.

Por tanto, aprovechando una oportunidad, se separó de su rival, al que por un instante había abatido en el suelo, y él desapareció como una exhalación por la primera puerta que encontró abierta.

Antes, empero, les gritó:

—¡Volveré por vosotros y os mataré! ¡A los dos! ¡Recordadlo bien! ¡Volveré por los dos!

Joe se levantó y se fue tras él. Enardecido por la lucha, ya no pensaba en el peligro. Ya no pensaba en nada. Sólo quería demostrarle que podía más que él.

Pero, aunque fue tras Richard Harrison, ya no le encontró. Había desaparecido. Como pudiera hacerlo un fantasma.

—Hay pasadizos secretos —dijo Susan, como dando una explicación a aquello. Y luego añadió, con lágrimas en los ojos—: Ha vuelto usted. Casi no puedo creerlo.

* * *

El reloj de la chimenea, sobre la repisa, señalaba las seis. Bueno, faltaban aún un par de minutos.

¡Qué lentas avanzaban las manecillas, como resistiéndose a que les llegara la liberación!

Porque sólo estarían libres, a salvo, cuando recibieran la ayuda tan ansiosamente esperada. Hasta entonces sus vidas se hallarían pendientes de un hilo.

Hacía ya un rato que el día empezaba a clarear.

Era como una esperanza para ellos.

Sin embargo, se les antojaba extraño, muy extraño, que Richard Harrison no hubiera vuelto a dejarse ver. Lo lógico hubiera sido que apareciera de nuevo. Que apareciera cuando menos y por donde menos le esperaran.

Pero no había sido así.

Afortunadamente para ellos, que aún seguían allí, bajo aquel techo. Porque Susan ya no podía dar un solo paso y Joe no estaba dispuesto a dejarla de nuevo sola.

No se habían visto capaces de hacer nada mejor que esperar allí

su destino. El que fuera.

Pero el destino, por lo visto, quiso que de una vez dejaran de sufrir.

Oyeron que llegaba la policía.

Con varias motoras habían cruzado el río, junto al puente que el rayo había destruido.

Todo, pues, había acabado bien para Joe y Susan. Mejor no pudo, qué duda cabe, haberles ido.

Era el final de una terrible y espantosa pesadilla.

CAPÍTULO XII

Pero ¿y Richard Harrison?

¿Y Peter Harrison?

Aquí empezaron los interrogatorios y la búsqueda de la policía.

Eran machos crímenes. Debían encontrar a los culpables.

Pero la búsqueda de la policía, desplegada a lo largo y ancho de la vieja mansión, y del lujuriante bosque, y de los cenagosos pantanos, se estrelló contra un silencio, extraño, muy extraño, que parecía bajar del otro mundo.

Y por más que hicieron, fue como si los hermanos gemelos Harrison hubieran desaparecido de la tierra.

Cuanto se fueron en el coche de Edward Durni, pronto fueron localizados. Ante el inspector de policía prestaron declaración. Pero nada de lo que dijeron, como es lógico, allanó el terreno.

Susan, por su parte, habló con el inspector y le refirió Lo del manuscrito y lo que, por boca del propio Richard Harrison, sabía. Esto es, que Peter Harrison estaba en el fondo del pozo.

Para dar al menos con uno de ellos, bastaba, pues, encontrar ese pozo.

Pero por más que la policía lo buscó, no dieron con el lugar. Ni por asomo. Indudablemente, el bosque era demasiado enmarañado y se perdían los caminos, los senderos, incluso las huellas de los pies.

—Mis hombres alzan la voz, llaman… —terminó diciendo el inspector a Susan—. Peter Harrison debe oírles. Debiera, pues, responder, pedir auxilio. Quedarse allí equivale a una muerte cierta. Cierta y horrorosa.

—Para enjuiciar el caso, nos hace falta saber dónde está Richard Harrison —apuntó acertadamente Joe—. Mientras no lo sepamos, el caso no podrá tener para nosotros la debida explicación. ¡Debe seguir buscando, inspector!

La búsqueda prosiguió, y de forma verdaderamente agotadora. Pero sin resultados positivos.

Pero hasta cierto punto empezó a comprenderse lo sucedido, cuando aquel hombre, aquel cazador, explicó:

—Me perdí por estos lugares y vine a esta casa a pedir cobijo. Hacía varios días que andaba deambulando y estaba agotado. Pero no llegué aquí en un buen momento, di con un joven de expresión furiosa, colérica, que llevaba un cuchillo en la mano. Me sobresalté tanto, que en vez de explicarle lo que me sucedía, me dio por decirle, así por las buenas, que la policía estaba cerca y me perseguía. No sé, pensé que diciendo esto me defendía de posibles acechanzas. Así no me haría ningún daño. Lo que, con franqueza, estaba temiendo que sucediera. Al oír la palabra «policía», desorbitó los ojos y echó a correr a través del bosque. Yo, de haber sido sensato, tenía que haberme ido en opuesta dirección. Pero no sé qué me sucedió entonces, me dio, a pesar del cansancio que sentía, por averiguar a dónde iba a tan veloz carrera.

—¿Y bien? —Inquirió ansioso el inspector—. Siga usted. Nos tiene sobre ascuas. ¿Qué es lo que vio?

—Me adentré tras él por el bosque —siguió diciendo el cazador —. Sólo le veía a trechos, de vez en cuando, pero iba como loco, como alma que lleva el diablo. Hasta que…

—¿Qué? —Inquirió de nuevo el inspector—. Díganos todo lo que sepa. Es de vital importancia.

—Se puso a llamar a alguien. Por lo visto no sabía exactamente dónde estaba. Había perdido el sentido dé la orientación, o mucho me equivoco. No, no terminaba de saber por dónde iba, giraba sobre sí mismo, daba unos pasos en una dirección, giraba otra vez, daba otros pasos, rectificaba de nuevo. Lo dicho, iba como loco, como alma que lleva el diablo.

—¿Y qué más? —se impacientó el inspector.

—De pronto… desapareció —el cazador hizo un gesto de absoluta incomprensión—. Como tragado por la tierra. ¡Sí, exactamente eso!

—Pero ¿intentaría usted averiguar…?

—No, no, porque pensé que lo mejor era dejarlo estar y volver sobre mis propios pasos. Y así lo hice. Esto es todo.

Nada más pudo añadir. Así empezó y concluyó la corta e

incompleta narración del cazador.

Una narración que, no obstante, dio más luz al asunto de lo que el propio interesado pudo suponerse.

—Ahora ya resulta sencillo deducir —y el inspector expuso sus puntos de vista a Susan y Joe—. Buscaba a su hermano, pero había corrido como un loco y no sabía en realidad dónde estaba. Se hallaba desorientado, y como arrastrado por la fatalidad, fue de nuevo tragado por el pozo. Como una terrible maldición, que el destino repetía.

—Sí, convengo con usted en que esta hipótesis es la más acertada —se permitió decir Joe—. Sin embargo, si es así, ¿por qué ahora ninguno de los dos responde a las voces de los policías?

—Con franqueza, inspector —intervino Susan—, si sus hombres no dan con ellos, el relato quedará incompleto. Además, yo no podré evitar la sensación de que Richard Harrison va a volver, para matarnos. A mí y a Joe, a los dos, lo juró. Fue lo último que dijo.

—Y lo hubiera hecho —repuso el inspector—. Pero intervino el cazador, providencialmente para ustedes, y Richard Harrison, creyendo que la policía llegaba, se vio forzado a cambiar de planes. Después sucedió lo que ya sabemos.

—Debe encontrar el pozo, inspector —dijo Joe—. No creo que cueste tanto.

—Si está debidamente tapado, oculto, y si los ocupantes guardan silencio, no creo que resulte tan sencillo —y agregó—: Con sinceridad, mi opinión personal es que ellos preferirán morir allí a dejarse coger por la policía. Saben de sobras lo que les esperaría.

—Pero son dos hermanos que se aborrecen, que se odian. Se odian y aborrecen de un modo rabioso, obsesivo.

—Seguiremos buscando.

Así lo hicieron.

Pero transcurrió aquel día, y los siguientes. Y nada, absolutamente nada.

Hasta que la policía tuvo que resignarse a dejar el caso sin concluir.

Un expediente más, que se hallaría en los archivos sin haber tenido su justo y debido desenlace.

CAPÍTULO XIII

No obstante, unos meses más tarde.

—Es un anillo precioso, Joe —dijo Susan, emocionada.

—Supe que iba a regalártelo —sonrió él— así que te vi entrar en aquella vieja mansión.

—No me recuerdes todo aquello —rogó la muchacha—. Cuando lo hago, aún tiemblo. Y no sólo eso, aún siento miedo a que Richard Harrison vuelva a aparecer de nuevo. Es absurdo, ridículo, ¿verdad? Pero no puedo evitarlo. Esta sensación es más fuerte que nada.

—De hoy en adelante ya no sufrirás más, Susan. Lee lo que este periódico trae en la página de sucesos.

Le entregó el periódico, ya doblado en la hoja aludida. Las letras grandes, negras, destacaban.

«Han sido hallados en el interior de un profundo pozo, los cadáveres de los hermanos Peter y Richard Harrison. Hermanos gemelos que, meses atrás, fueron protagonistas de unos trágicos y truculentos sucesos.

»Se daba por descontado el más increíble, desesperado y acerbo odio entre ellos.

»Así, pues, el hecho acaecido quizá no acepte el análisis humano, aunque, sin duda sí lo alcanza el divino.

»Los hermanos Peter y Richard Harrison murieron estrechamente abrazados.»

F I N